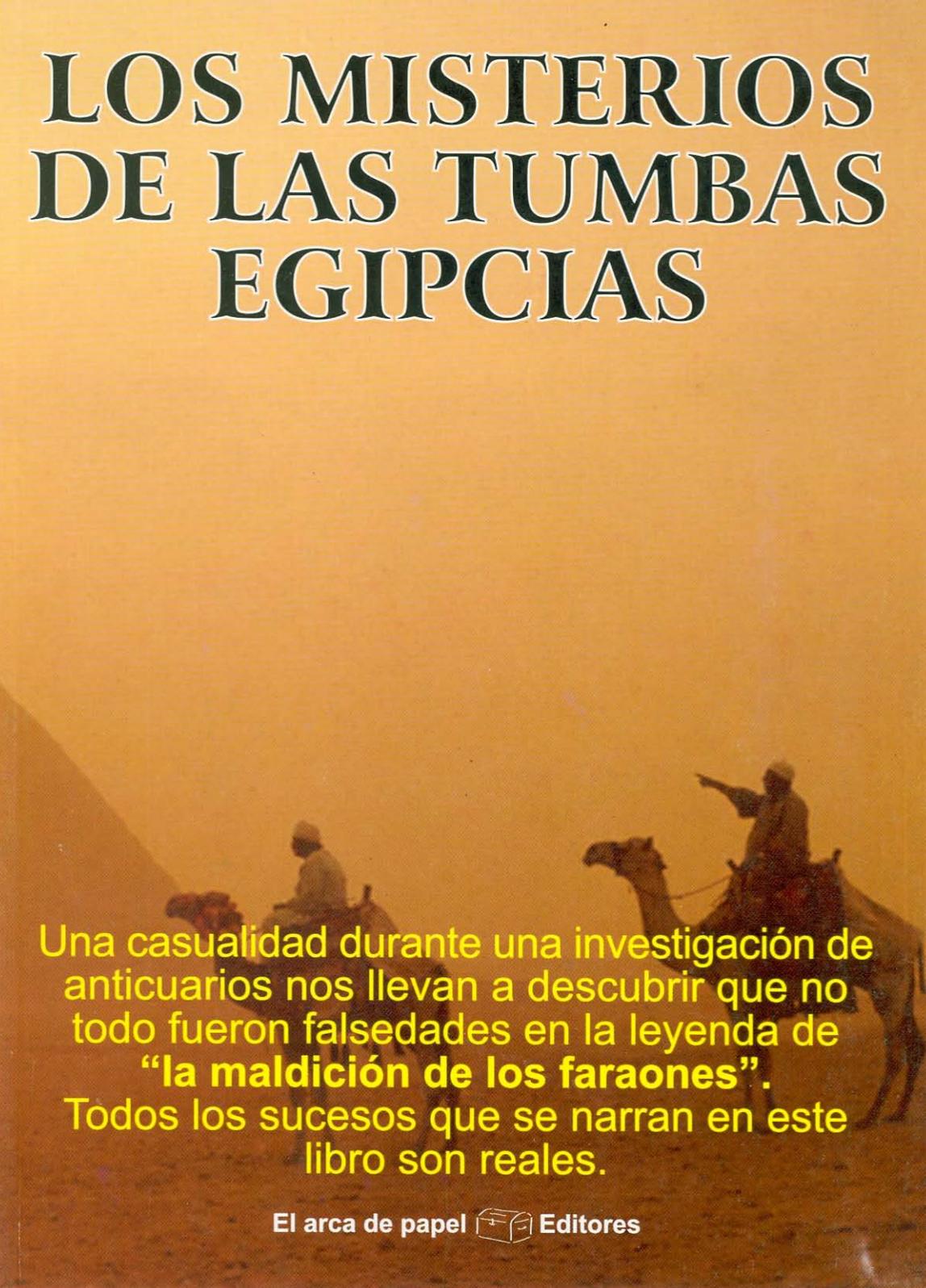


# LOS MISTERIOS DE LAS TUMBAS EGIPCIAS



Una casualidad durante una investigación de anticuarios nos llevan a descubrir que no todo fueron falsedades en la leyenda de **“la maldición de los faraones”**. Todos los sucesos que se narran en este libro son reales.

# Indice

<b>La Mariscal</b>	<b>5</b>
<b>¿Qué buscaba Napoléon en Egipto?</b>	<b>13</b>
<b>En busca de la tumba maldita</b>	<b>20</b>
<b>Extraña sucesión de muertes</b>	<b>31</b>
<b>Un arma biológica</b>	<b>41</b>
<b>El misterio de las momias</b>	<b>48</b>
<b>Los clásicos tenían razón</b>	<b>56</b>
<b>Fórmulas rituales de vendaje</b>	<b>58</b>
<b>La momia viviente</b>	<b>64</b>
<b>¿Reservas biológicas para la clonación?</b>	<b>67</b>
<b>Seguros contra ladrones</b>	<b>72</b>
<b>Se venden espadas napoleónicas, el honor de los Carnarvon, y momias si hace falta</b>	<b>75</b>
<b>La maldición continua</b>	<b>84</b>
<b>Algo se mueve entre las tumbas</b>	<b>87</b>



## La Mariscal

— Soy Louis Nicolas Davout, duque de Auerstedt, príncipe de Eckmühl y mariscal de Francia, a vuestro servicio, monsieur —dijo, mientras concluía una exagerada reverencia digna de cualquier escena de Moliere.

No puedo negar que la estampa era divertida, incluso muy a tono con el escenario que nos rodeaba; pero, lo cierto, es que yo esperaba encontrarme con una delicada dama, de ademanes un poco anticuados, como los que solían detentar aquellos miembros pertenecientes a la burguesía francesa añorantes de la “Grandeur” y que se encontraban, en pleno siglo XXI, en claro peligro de extinción.

Excepcionalmente, aquella mañana de Febrero, el cielo de París se había desperezado de un límpido azul, como si alguien, aprovechando la noche, hubiese extirpado de cuajo las negras nubes que, durante mes y medio, venían descargando, día a día y hora a hora, un diluvio incansable sobre la capital francesa. Aprovechando aquel milagro de santa Genoveva, patrona de la ciudad, decidí recorrer a pie el trayecto que mediaba entre mi hotel y “Aux Armes d’Antan”, una de las armerías más famosas de Francia.

Eran poco más de las nueve cuando bajé a la calle, y mi entrevista con Mme. Maryse Raso, propietaria del establecimiento y gran experta en armas antiguas, no era hasta las once, así que aproveché para comprar “Le Monde” y sumergirme en el rifirrafe de acusaciones entre el Palacio

del Elíseo y la Casa Blanca sobre la conveniencia de invadir Irak, mientras desayunaba en uno de esos acogedores cafés que jalonan las amplias aceras de los bulevares parisinos.

Tenía más que tiempo de sobra, pero las páginas de "Le Monde" no ofrecían otra cosa que la amarga fatalidad de una tragedia imparables, así que al poco rato ya estaba de nuevo caminando hacia la plaza Village Suisse, justo al comienzo de la avenida Paul Déroulède, donde me aguardaba un mundo de enfrentamientos cuerpo a cuerpo, de duelos y hazañas heroicas, y de crueldad, pero una crueldad más humana o, si se quiere, más a la medida del hombre.

Aunque sonase un poco a humor negro, recordaba las afirmaciones de cierto historiador británico cuando se refería a que, un día después de la batalla de Waterloo, y una vez retirados los cuerpos de los fallecidos, era posible cosechar en esos mismos campos. Las 62.000 víctimas de aquel 18 de junio de 1815 eran suficiente motivo para considerarla como una de las una de las batallas más cruentas de la historia moderna; pero a la mañana siguiente, sobre aquel horror diseminado por las colinas, la vida volvía a surgir ofreciendo una esperanza.

Sin embargo, en nuestros tiempos, la guerra dejaba un recuerdo más atroz e inviolable: su presencia se instalaba para siempre en esos campos cubriéndolos de un barniz de hediondez indestructible. El pavor de la muerte permanecía para siempre en los terrenos contaminados por las armas químicas, en los cuerpos ulcerados por las armas biológicas, en las secuelas que sufrían incluso los propios atacantes al usar armamento fabricado con uranio empobrecido. La

muerte ya no se limitaba a ocupar una parcela bajo una lápida, sino que se extendía por el aire, emponzoñándolo, convirtiendo el pasado en un presente continuo y atroz. La guerra se había convertido en un virus y el heroísmo sólo era un proceso rápido de infección.

Me encontré acelerando el paso hacia aquel oasis de sables y armaduras, de corazas y espadas donde la sangre sólo producía el leve efecto del hollín. Los hombres que habían empuñado aquellas armas, seres brutales y sanguinarios en muchas ocasiones, al menos se enfrentaban cara a cara con la muerte, conocían el sabor de la sangre que les salpicaba el rostro y se escurría por la comisura de sus labios. Ahora todo se limitaba a oprimir un interruptor a kilómetros de distancia y todo acababa en un instante, apenas un fulgurante resplandor y luego el vacío donde antes se alojaba un brazo o una pierna; cuando no la confirmación de que después del estruendo el fin se acercaba, invisible, flotando como una brisa caliente que primero quemaba los ojos y después abrasaba la carne con todas las llamas del infierno.

El sudor ya no brotaba del músculo extenuado, sino del miedo que ascendía por la garganta. Un miedo que no se expresaba por el calor que empapa el vientre tras una estocada certera, sino por un golpe sordo y el silencio posterior de un cráneo horadado por una bala.

Durante todo el camino, la imponente silueta de la Torre Eiffel parecía vigilar mis pasos, agazapada sobre los tejados como un francotirador que espera la ocasión del disparo certero. Enemigos sin rostro que apuntan a un blanco fijado previamente por una trayectoria estimada en el

ordenador. Por eso, cuando me encontré de frente con la blanca fachada de “Aux Armes d’Antan”, me lancé al interior como quien salta de un barco en llamas. Hachas, picas, lanzas, espadas... Había conseguido retornar al pasado.

Y el pasado me recibía en uniforme de gala. Había oído hablar de las excentricidades de aquella mujer, pero nunca hubiera pensado encontrármela con el uniforme completo de un oficial napoleónico.

— ¿Qué le parece? —me preguntó sonriendo a la vez que me tendía la mano—. Es una reproducción exacta; hasta el mínimo detalle de los bordados está sacado de los patrones originales. En cuanto al sable es auténtico, el mismo que blandió Davout en la batalla de Austerlitz.

No sabía qué responder. Mi mente todavía estaba asolada por los apocalípticos pensamientos que me habían invadido por el camino y aquella gracia, casi infantil, de la dama soldado me había sorprendido tanto como un prisionero de Auschwitz que al abrir la puerta de su barracón se encontrase frente a la explanada de Disneylandia. Finalmente, sólo alcancé a balbucear una palabra:

— ¡Asombroso!

— En realidad, el mérito no es mío, sino de mi difunto padre. Tenía una verdadera colección. Al final, casi todo el ropero fue donado al Museo del Ejército en Los Inválidos; pero algunos, mis favoritos, preferí arreglarlos y quedarme con ellos. No sé, es una forma de sentirme más cerca de él.

Poco a poco, mientras nos dirigíamos a su despacho, sus andares marciales fueron cediendo hacia una cadencia más femenina, y los ademanes se suavizaron hasta

transformar la reciedumbre de la mariscala en la vivacidad de una actriz de teatro que me recibiera en su camerino sin haber tenido tiempo de cambiarse de vestuario.

— Tengo noticias para usted —dijo, con un tono que parecía anunciar el final de la metamorfosis hasta adoptar ese aire de dama elegante que yo había esperado encontrarme en un principio—. Le he seguido la pista a una de las espadas del “Instituto de Egipto” y puedo confirmarle que un ejemplar está en poder de los Porter, Terence y Christopher Porter. Ayer mismo me puso en contacto con ellos, pero no me han querido confirmar nada. Se trata de una pieza muy codiciada y, al parecer, hay más de un pujador.

Se refería a un arma que yo llevaba buscando desde hacía años. Pertenece a un conjunto de espadas, cuyo número total se desconocía, que Napoleón había encargado para los miembros del “Instituto de Egipto”, antes de partir hacia aquella extraña aventura que le llevaría hasta la cima de aquellas pirámides desde donde se sentiría contemplado por la historia.

Nada se sabía de sus intenciones, pero las espadas estaban adornadas con finísimos grabados y detalles en oro imitando un estilo egipcio que respondía más a la imaginación de la época que a un verdadero conocimiento del arte egipcio. Conocimiento que precisamente nacería a partir del viaje del ambicioso general y despertaría una pasión sin límites en toda Europa por la civilización del Nilo, pasión a la que todavía muchos sucumbimos.

Existen teorías sobre los verdaderos motivos de Napoleón que aluden a su posible pertenencia a la

Francmasonería y que el motivo de la fabricación de las espadas era su utilización en algún tipo de ceremonia secreta de iniciación. Nada se ha probado, salvo que las espadas existen, y que hay más locos que yo detrás de ellas.

— ¿Usted escribe libros sobre Egipto, no? —inquirió Mme. Raso, devolviéndome de golpe a la realidad de su recién adoptada actitud de anticuaria parisina—. Un país de tumbas. ¡Demasiado fúnebre para mí!

— Yo no diría exactamente eso...

— Disculpe mi ignorancia. Supongo que es fascinante, pero prefiero otras culturas. Además, sus conocimientos de los metales eran muy primitivos... Ya me comprende. Me dedico a las armas y Egipto no es precisamente...

— ¿Un arsenal?

— Podría decirse así, si usted lo quiere. Yo diría que es un país extraño. Tantas tumbas repletas de todo lo necesario para una vida futura y apenas unos cuantos arcos de caza y dagas.

— Suponían que les esperaba una vida placentera... —aduje ante lo que me parecía una visión excesivamente comercial de todo el asunto.

— ¡También los vikingos esperaban lo mismo del Valhala y no olvidaban sus armas! —me espetó casi ofendida por mi negativa a reparar en la evidencia.

Mme. Raso no era una mujer de hipótesis. Llevaba toda su vida rodeada de testimonios. Cada arma que se exhibía en las amplias vitrinas de su establecimiento era una prueba palpable, perceptible de un pedazo de historia. En

muchas de ellas parecía adivinarse la huella de la palma de quien las había empuñado, incluso algunas revelaban las señales de su desgaste en la batalla. Por eso Egipto no era muy de su gusto. Un país de tumbas, un país de muertos con demasiadas suposiciones, demasiadas teorías y pocas evidencias.

Como dando por terminada la conversación me tendió una tarjeta donde había apuntado la dirección y el número de teléfono de los Porter: "Fine Antique Arms. / 2 Treefields / Buckingham / MK18 - 1GP / England / Tel. 01280-820718".

Aquello era la despedida. En el fondo, Mme. Raso era una comerciante, y conmigo había hecho poco negocio, así que no tenía que perder más tiempo. Se levantó y me acompañó hasta la salida recuperando de nuevo sus aires de oficial francés.

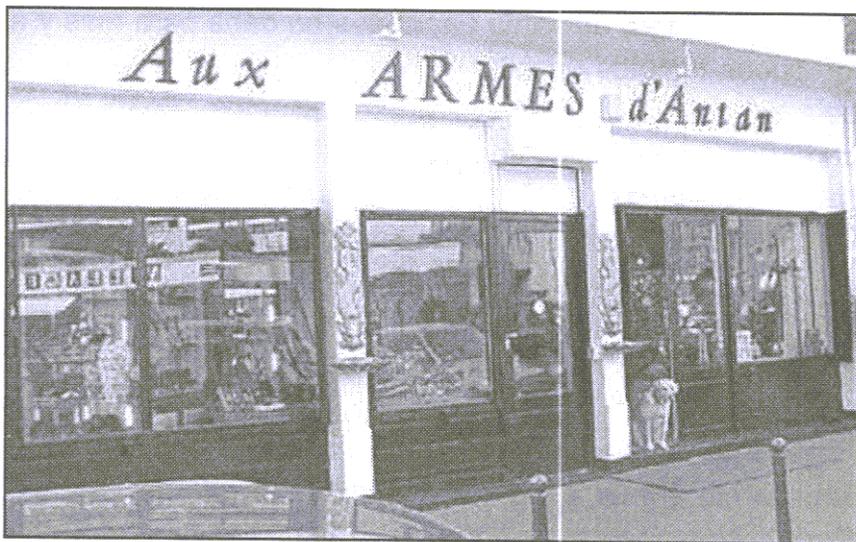
El milagro de santa Genoveva no daba para más y a los pocos minutos una densa lluvia volvía a sepultar París bajo un manto de oscuros presentimientos. Entré en el primer café y pedí una cerveza fría. Mi garganta estaba tan seca como la de una imperturbable momia a la que no le afectara toda la humedad de la crecida del Nilo.

En el televisor echaban un documental sobre el bombardeo con Ántrax sobre los kurdos llevado a cabo por Sadam Husein. Imágenes de aquella muerte asfixiante, silenciosa.

Fue entonces cuando pensé de nuevo en esas tumbas sin armas, a las que había hecho referencia Mme. Raso. ¿Acaso eso era cierto o poseían un tipo de armas que

ni ella ni yo apreciábamos? Había testimonios que hablaban de otro tipo de instrumentos mortíferos que se alojaban en esas tumbas, instrumentos silenciosos como trampas, destinados a aquellos que violaban el descanso del difunto. Armas que producían terribles efectos y que no siempre mataban al instante, pero que no dejaban más prueba que el cadáver de quien había osado a rebasar el umbral haciendo caso omiso de sus recomendaciones. Armas de las que todo el mundo negaba su existencia, al igual que los americanos y los iraquíes negaban haberlas utilizado.

¿Tenían los egipcios ese poder desolador? Quizás Napoleón podría habernos explicado algo al respecto. Quizás era ese poder el que el pequeño corso estaba buscando para dominar al mundo. Aunque, tal vez, era un horror para el que, ni siquiera él, estaba preparado.



*Aux Armes d'Antan*

## ¿Qué buscaba Napoleón en Egipto?

El 1 de Julio de 1798 un joven Napoleón Bonaparte, con 28 años, llegaba al puerto de Alejandría a bordo de su buque insignia "L'Orient", el barco del Almirante Francois-Paul Brueys D'Aigalliers, una fenomenal nave de 120 cañones, que comandaba una flota de más de 400 naves, 50.000 soldados, 1.000 piezas de artillería y 700 caballos, tras una singladura por el Mediterráneo que había comenzado en mayo del año anterior.

Esta potente armada sería dividida unas semanas más tarde por la flota al mando del almirante británico Horacio Nelson, en la batalla naval de Aboukir, dejando aislado, sin avituallamiento y a su suerte al potente ejército de Napoleón en Egipto, durante casi tres años.

La mayoría de los historiadores atribuyen esta arriesgada y, finalmente, fracasada incursión de Napoleón en Egipto a motivaciones de puro afán imperialista. Sin embargo hay actuaciones de Napoleón durante este periodo que no obedecieron a una motivación estratégica o simplemente militar.

Muchos todavía no entienden por qué se lanzó a la mar al frente de 328 embarcaciones y más de treinta y tres mil soldados, ni mucho menos por qué decidió invadir un país que estaba en el extremo opuesto del Mediterráneo y

que carecía del más mínimo interés estratégico. La tardía versión oficial de aquellos hechos aseguraba que Bonaparte pretendía cortar el flujo comercial británico con sus colonias orientales; pero esto no está tan claro.

De hecho, esa numerosa y potente fuerza militar venía acompañada de cerca de 1.000 civiles, entre los cuales, además de administradores, economistas, y esposas, llegaron un total de 167 personas versadas en las más variadas ciencias: botánicos, zoólogos, geólogos, escultores, pintores, poetas, lingüistas, químicos, matemáticos, astrónomos, arquitectos, dibujantes, geógrafos, etc.

Fueron personalmente escogidos por Napoleón para extraer bajo las arenas del desierto toda la sabiduría de aquella antigua civilización. Simultáneamente a estas investigaciones Napoleón libra su "Batalla de la Pirámides" el día 21 de julio de 1798 contra los mamelucos, que habían gobernado el país, en nombre del sultán turco, durante los últimos siete siglos. Inmediatamente que Napoleón toma el poder, comienza la modernización del país.

Napoleón sabe que a los musulmanes se los tiene que ganar, y adelantándose a todas las técnicas de propaganda que prosperaron en el siglo XX, llena El Cairo de pasquines diciendo que Alá es el más grande y que viene a liberar al pueblo musulmán.

Y lo cierto es que gracias a aquella estancia de Napoleón en Egipto, Europa recibió una gran influencia de todo lo investigado por este grupo de sabios. El informe final de este grupo, "Description de L'Egypte", una obra de 20 tomos, presenta una meticulosa y detallada explicación de

todo lo encontrado, y ha servido y sirve como referencia a todos los eruditos que comienzan a sumergirse en este apasionante mundo.

Las reconstrucciones y restauraciones que se pintan en los grabados del libro recrean un pasado en todo su esplendor, devolviendo a las piedras sus pinturas originales, llenas de contenido y simbolismo. La precisión y meticulosidad eran una prueba de la fascinación de los artistas, testigos de excepción. Muy interesante incluso para investigar sobre monumentos posteriormente destruidos. Como es el caso de la Esfinge, que a finales del siglo XVIII estaba enterrada en la arena hasta el cuello, quedando todo el resto del cuerpo oculto. Por no hablar de la Piedra de Rosetta, otro descubrimiento de este grupo de sabios de Napoleón, grabada hacia 196 AC., encontrada en 1799, que permitió a Champollion descifrar por fin la complicadísima escritura simbólica jeroglífica. Posteriormente recogida por los ingleses tras derrotar a los franceses, actualmente se encuentra en el Museo Británico.

No hay tampoco acuerdo entre los historiadores y biógrafos del corso a la hora de justificar algunas de las actuaciones del general. Al parecer, sus relaciones previas al viaje a Egipto con el mundillo que rodeaba a Nicholas Flamel permiten especular sobre si estaba buscando la fórmula de la inmortalidad, relatada tantas veces en las sagradas escrituras egipcias, con la curiosa coincidencia entre la resurrección de Osiris y la de Jesús. Algunas escrituras cristianas apócrifas aventuran que Jesús aprendió en su estancia en Egipto ciertos ritos de resurrección.

Por otro lado, el general dirige muchos de sus esfuerzos en penetrar en Keops y encontrar todas sus galerías y cámaras, como de hecho describen con todo lujo de detalles sus sabios en "Description de L'Egypte". Incluso se habla de que pasó una noche en solitario en la "Cámara del Rey" de la pirámide de Keops. Se dice que a la mañana siguiente el general salió de las entrañas de la pirámide de Keops demacrado y mudo; no queriendo contar nada de lo sucedido allí dentro. Nadie, ni su fiel Kebler, ni ningún otro general, supo jamás qué ocurrió aquella noche, pues Napoleón no quiso que le tomaran por loco.

Lo de la pirámide no fue la única extravagancia que se permitió en tierras egipcias. Meses antes de aquella gran noche, tras vencer a los mamelucos en las inmediaciones del Monte Tabor, en plena Palestina, orientó sus pasos hacia la entonces insignificante aldea de Nazaret. Corría el 16 de abril de 1799 y él, que no era lo que se dice un cristiano piadoso, quiso pernoctar en el lugar donde vivió dieciocho siglos atrás Jesús de Nazaret.

¿Qué pretendía exactamente Napoleón con aquel gesto, si él rechazaba en buena medida la fe cristiana? ¿Emular a los cruzados que marcharon sobre Tierra Santa? ¿Recuperar la gloria de los héroes de sus lecturas adolescentes?

Nada más tomar El Cairo en el verano de 1798, fundó el Instituto de Egipto, y puso a trabajar a aquel escuadrón de hombres ilustres día y noche. Con las imprentas que se trajo desde Francia, puso en marcha los primeros periódicos del

país, y pronto comenzó a atesorar una tremenda colección de grabados y piezas arqueológicas. Napoleón se embriagó entre tanta ruina y belleza, y decidió verlo y estudiarlo todo.

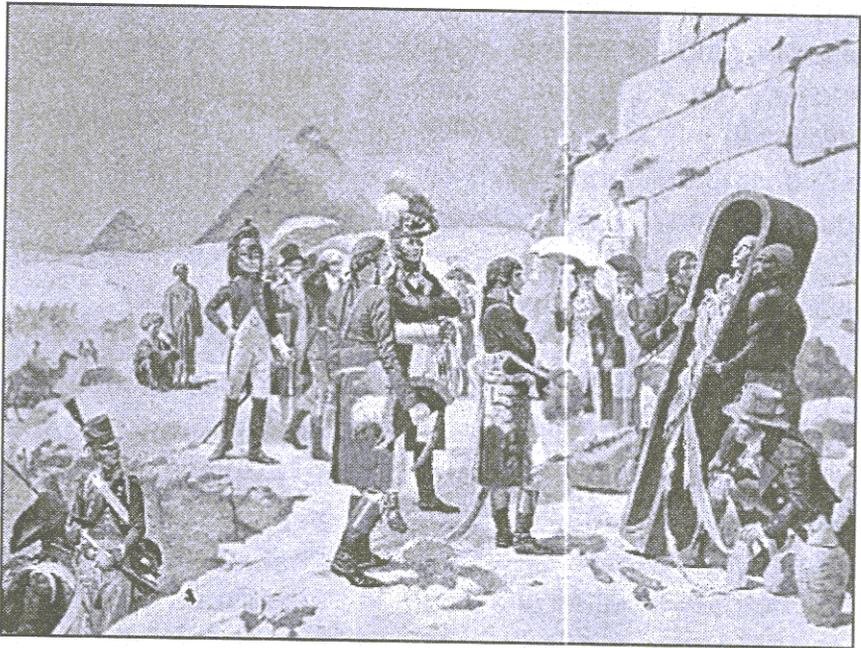
Extrañamente, y aún a pesar del gran número de sabios que merodeaban por Giza y otros lugares tomando notas y haciendo bocetos de aquellas proezas en piedra, apenas existen datos precisos sobre lo que hizo exactamente el general Bonaparte en esos remotos días de agosto de 1799 que estuvo junto a la gran pirámide.

Algunos aducen la hipótesis de las relaciones secretas entre Napoleón y la Masonería, a la cual pertenecían algunos de sus más destacados generales, como Auguste Kléber o Joachin Murat. De hecho, uno de sus Grandes Maestros, Solutore Zola, pariente del famoso escritor galo del mismo apellido, afirmó en un documento, fechado en 1863 que Bonaparte y Kléber *“recibieron la iniciación y la filiación del Rito de Menfis de un hombre de edad venerable, muy sabio en la doctrina y las costumbres, que se decía descendiente de los antiguos sabios de Egipto”*. Y añadió: *“La iniciación tuvo lugar en la pirámide de Keops y recibieron como única investidura un anillo”*.

Bonaparte abandonó Egipto pocos días después de su noche en la pirámide, pero en modo alguno olvidó lo que allí vio. Sólo así se explica que cuando Napoleón regresó de su campaña faraónica y dio el golpe de estado que terminaría llevándole a dominar Europa, decidiera añadir dos detalles insólitos al escudo de París. En un documento de 1811, adjunto a la llamada “Carta de Napoleón” de esa

fecha, la tradicional barca sobre el Sena que luce el blasón de la ciudad, experimentó el añadido de una estatua de la diosa Isis en su proa. Es más, sobre ésta el corso ordenó grabar una estrella de cinco puntas como las que adornan todos los templos egipcios y el perfil de tres abejas (emblemas reales en el Egipto faraónico).

Napoleón se trajo de Egipto sus símbolos más sagrados y los añadió al blasón de su capital. ¿Un tributo a aquella iniciación piramidal del verano de 1799? Sólo así se explica que el corso, convertido ya en dueño y señor de Francia, nombre ministro de Bellas Artes a Vivant Denon, uno de los más destacados sabios de su expedición egipcia, que hará de París una especie de nueva Tebas.



*Napoleón Bonaparte en las Pirámides de Egipto.*



*Napoleón renaciendo.*

## En busca de la tumba maldita

Las historia del descubrimiento más célebre y, a la vez, más legendario de las excavaciones arqueológicas, comienza muchos años antes en Alemania. En 1901, George Henry Stanhope, un rico heredero de 35 años, aficionado al automovilismo, conocido gentleman y quinto conde de Carnarvon, acompañado de su mecánico de confianza Edward Trotman, conduce su flamante coche por una carretera aparentemente despejada en dirección a Bad Schwalbach, donde le aguarda su esposa. De pronto, al rebasar un desnivel, se topa de frente con dos carretas de bueyes. Lord Carnarvon realiza un desesperado viraje para esquivarlas, pero uno de los neumáticos revienta al chocar con unas piedras que hay en el borde de la carretera. El coche vuelca y Carnarvon queda aprisionado debajo, mientras el mecánico sale despedido. Trotman, que apenas tiene unas magulladuras, se recupera y corre en busca de ayuda. Sin embargo, el estado de lord Carnarvon es muy diferente. Sufre una fuerte conmoción cerebral, que le producirá la pérdida de la visión durante una larga temporada, quemaduras y varias fracturas internas. Tras varias operaciones, el aristócrata logrará recuperarse, pero sufrirá una afección respiratoria el resto de su vida. Precisamente, esta dolencia aconsejará que pase los inviernos fuera de Inglaterra y busque un clima más seco. Así, en 1903, emprende su primer viaje a Egipto, donde la

humedad no supera nunca el cuarenta por ciento. En ese país, comenzará a interesarse intensamente por la arqueología y conocerá a un hombre que marcará para siempre su vida, y su muerte: Howard Carter.

Nacido en Norfolk, Inglaterra, Howard Carter es un joven, pero afamado arqueólogo, destacado alumno del famoso egiptólogo William Flinders Petrie, y que desde 1891 trabaja como Inspector General del Departamento de Antigüedades del Museo de El Cairo. Habiendo comenzado su carrera, a los 17 años, como acuarelista que reproducía jeroglíficos en el Museo Británico, se ha convertido rápidamente en un aventajado investigador, descubriendo dos tumbas reales para el arqueólogo Theodor M. Davis. Por esa misma época, en 1906, lord Carnarvon se dedica también a las excavaciones, pero sin ningún éxito, lo que le lleva a pedir consejo a sir Gaston Maspero, director del Museo del Cairo. Éste le recomendará a Carter, que, pese a carecer de fortuna, posee un gran entusiasmo y un elevado nivel de conocimientos.

Durante siete años, Carnarvon y Carter se dedican a excavar tumbas de altos dignatarios tebanos, de las que el conde mecenas obtiene valiosas antigüedades para su colección. Sobre los resultados de estos descubrimientos, en 1912, publican un libro en lujosa edición titulado "Cinco años de exploraciones en Tebas". Pero su pasión, en vez de aplacarse, les impulsa cada vez más a seguir investigando.

Carter está al tanto de los resultados de las excavaciones de Davis, que desde 1902, lleva trabajando con un permiso del gobierno egipcio en el Valle de los Reyes. Pese a que en 1820, Giovanni Belzoni había

abandonado las excavaciones convencido de no encontrar nada más, Davis ha descubierto más de treinta tumbas. Entre sus hallazgos, se encuentran un vaso de barro y unas tablillas de oro con jeroglíficos que hacen referencia a Tutankhamon. En 1909, Davis descubre un cuarto pequeño con figuras de oro y calcita, lo que le hace suponer, erróneamente que ha encontrado la tumba del joven faraón. Sin embargo, Howard Carter no está de acuerdo con que un rey de la XVIII dinastía tuviera un entierro tan modesto. Posteriormente, los análisis, realizados en el New Yorker Metropolitan Museum of Art, de algunas vasijas y telas de lino a las que Davis no les da ninguna importancia, y que llevan el nombre y la fecha de la muerte de Tutankhamon, le confirmarán a Carter que se hallan bastante cerca de la tumba escondida.

Mientras tanto, en 1915, Theodor M. Davis, exhausto por la falta de resultados y convencido de que el yacimiento está agotado, abandona sus trabajos. La concesión pasa entonces a lord Carnarvon y Howard Carter; pero el conflicto de la Primera Guerra Mundial, afecta también a Egipto y se ven obligados a interrumpir los trabajos. Lord Carnarvon regresa a Inglaterra y Carter se mantiene en la zona en un puesto diplomático. Durante ese tiempo, Carter, participará en un enfrentamiento a punta de pistola con una banda de saqueadores, la familia Abderrasul, que, aprovechando la reducción de la vigilancia a causa de la guerra, tratan de expoliar la parte occidental del Valle de los Reyes.

Terminada la guerra y pese a la opinión contraria de varios expertos, (según declaraciones de Hussein Abdel Rasul, descendiente de una familia de saqueadores de

tumbas que todavía viven en la comarca, fue su padre quien informó a Carter de la existencia de tumbas aún intactas), reanuda las excavaciones en una zona triangular formada por las tumbas de Ramsés II, Menephtah y Ramsés VI. En el invierno de 1920, el triángulo explorado sigue sin ofrecer nada interesante y lord Carnarvon, cuya economía se resiente de tantos años de desembolso, empieza a creer que Davis podría estar en lo cierto. No obstante, el hallazgo de unos cimientos de pedernal en las proximidades del sepulcro de Ramsés VI, le hace pensar a Carter que se tratan de las viviendas de unos constructores de tumbas e insiste a Carnarvon para que le de una última oportunidad.

El 28 de octubre de 1922, Howard Carter regresa a Luxor procedente de Inglaterra con los fondos necesarios para una última temporada de excavaciones, cedidos por lord Carnarvon. También trae consigo un canario amarillo, del que se encariña todo el equipo, y al que ponen el nombre de “pájaro de oro”, convencidos de que les va a dar suerte. El primero de noviembre comienzan los trabajos, abriendo una zanja desde el ángulo nordeste de la tumba de Ramsés VI hacia el Sur, atravesando los cimientos de pedernal. Tres días más tarde, la mañana del sábado 4 de noviembre, cuando Carter se acerca a lomos de un mulo a la excavación, se extraña por el silencio que le rodea. Es entonces cuando descubre a su capataz, Rais Ahmed Gurgar, que corre a su encuentro. Bajo los cimientos de la primera vivienda han descubierto un escalón tallado en la roca. Los trabajos continúan y, al día siguiente, ya han conseguido despejar hasta quince escalones y, poco más

tarde, aparece una puerta con un sello en el que aparecen un chacal y nueve prisioneros estilizados, es el símbolo de la Ciudad de los Muertos .

Carter pone a diez hombres leales, fuertemente armados, a vigilar la tumba y cuando regresa a casa por la noche, descubre a su sirviente totalmente aterrorizado: una cobra había penetrado en la vivienda y había devorado al canario. (Este suceso fue interpretado por los trabajadores como un mal presagio, ya que la diosa cobra Wadjet protegía a la realeza egipcia). A primera hora de la mañana envía un telegrama a Carnarvon: *“Por fin maravilloso hallazgo en valle. Stop. Una magnífica tumba con sellos intactos. Stop. Volvemos a rellenar hasta su llegada. Stop. Enhorabuena”*.

Dieciocho días más tarde, lord Carnarvon y su hija, lady Evelyn, llegan a Luxor. Los trabajadores retiran de nuevo la tierra y, al examinar de nuevo la puerta, descubren unas marcas en el ángulo superior derecho que indican que fue abierta y vuelta a cerrar. Se fotografían y rompen los sellos y aparece ante ellos un corredor descendente. Está lleno de escombros, entre los que encuentran algunos sellos rotos, lo que les confirma su suposición de que alguien entró y luego volvió a sellarla. Tras varios días de duro trabajo, descubren, a diez metros, una segunda puerta, que junto a sellos iguales a los de la primera también posee otros con el nombre de Tutankhamon. La emoción es tal, que nada mejor que las mismas palabras de Howard Carter para describir lo que sucedió después:

«Con manos temblorosas, hice un agujero en el ángulo superior izquierdo. Al otro lado estaba oscuro y, hasta donde alcanzaba la barra de hierro que introduje, vacío; no como el corredor que acabábamos de despejar. Se hicieron pruebas con velas para comprobar que no había gases tóxicos, luego ensanché el agujero, introduje una vela y miré en el interior, mientras lord Carnarvon, lady Evelyn y el arqueólogo ayudante Callender, estaban a mi lado, impacientes por oír el veredicto. Al principio no vi nada, pues el aire caliente que salía de la cámara hizo parpadear la llama. Pero, cuando mis ojos se acostumbraron a la penumbra, empecé a distinguir formas de extraños animales, estatuas y, por todas partes, el brillo del oro. A los que estaban a mi lado la espera debió de parecerles eterna. Yo estaba mudo de asombro. Lord Carnarvon no pudo soportar más la tensión y preguntó: “¿Ve usted algo, Carter?”. “Sí”, le respondí, “maravillas”. Lo que aparecía a la tenue luz de la vela hacía tres mil años que no lo contemplaban ojos humanos».

Después de abrir un gran hueco que les permita pasar al interior, a la luz de las lámparas eléctricas, se encuentran con una infinidad de objetos maravillosos: una copa de alabastro transparente en forma de loto, serpientes de oro, dos estatuas negras del rey, un sitial de oro, varios carros volcados, urnas, muebles de ébano y mimbre, y

vasijas, todas ricamente adornadas; pero ni un rastro del sarcófago y la momia. No pueden creer lo que están contemplando; se trata, sin duda, del mayor hallazgo arqueológico de la historia. En un primer momento, viendo aquel desorden de objetos amontonados, y teniendo en cuenta que la tumba volvió a sellarse, Carter y Carnarvon piensan que, tal vez, se trate de algún depósito; pero cuando descubren otra puerta lateral y, tras ella, numerosos elementos también desordenados y algunos rotos, como si los ladrones los hubieran arrojado al ser sorprendidos, empiezan a inclinarse por la posibilidad de que se trata en realidad de una tumba.

Como era de esperar, la noticia se extiende rápidamente, y en pocos días todo el mundo habla del extraordinario descubrimiento cerca de Luxor. Howard Carter, temiendo la presencia de ladrones, encarga una fuerte verja de hierro en El Cairo y establece tres turnos de vigilancia armados, a las órdenes de su ayudante Callender. Para realizar el inventario de los objetos encontrados, (una tarea muy lenta donde se tiene que fotografiar, dibujar la posición y catalogar hasta la más pequeña pieza), Carter convoca a un gran equipo de técnicos. Lo conforman el arqueólogo Arthur C. Mace, del Metropolitan Museum de Nueva York; el profesor James H. Breasted, especialista en sellos; en eminente grafólogo Alan Gardiner; el director del departamento de Química del Museo Nacional de El Cairo, Alfred Lucas; el fotógrafo, Harry Burton y los arquitectos Hall y Hauser; además de un gran número de ayudantes nativos.

Mientras se realizan estos trabajos, acontece uno de los hechos que más rumores han levantado sobre este legendario descubrimiento. Al parecer, Carter encuentra una tablilla de arcilla con un texto, en la antecámara que, tras ser debidamente catalogada, pasa a las manos de Gardiner para que descifre los jeroglíficos. Al día siguiente, sin mediar ninguna explicación ni referencia en los diarios de Carter, la tablilla es tachada del inventario y desaparece, sin que nunca más se vuelva a tener noticias de ella. La posible razón de tal pérdida puede estar en lo que Gardiner llega a interpretar: se trata de una maldición: *“La muerte golpeará con sus alas a aquel que ose turbar el reposo del faraón”*.

Nadie espera que los científicos se vean afectados por tal amenaza, pero, si los imprescindibles trabajadores nativos se enteran, cundirá el pánico y se producirá un desastre incalculable. Carter ya tiene bastante con deshacerse del gran número de telegramas que le envían ocultistas de todo el mundo, la mayoría repletos de advertencias de todo tipo y otros con múltiples remedios para evitar la ira del faraón; así que, probablemente, se las ingenia para hacer desaparecer tan incómoda tablilla. Desgraciadamente, no llegó a fotografiarla.

Por fin, llega el día de proceder a la apertura de la cámara principal. Son las dos de la tarde del martes 13 de febrero de 1923. Al acto han sido invitadas numerosas personalidades. En la lista de asistentes figuran: Howard Carter; lord Carnarvon, su hija Evelyn y su hermanastro Mervin Herbert; Ab el Halim Bajá Solimán, Ministro de Obras

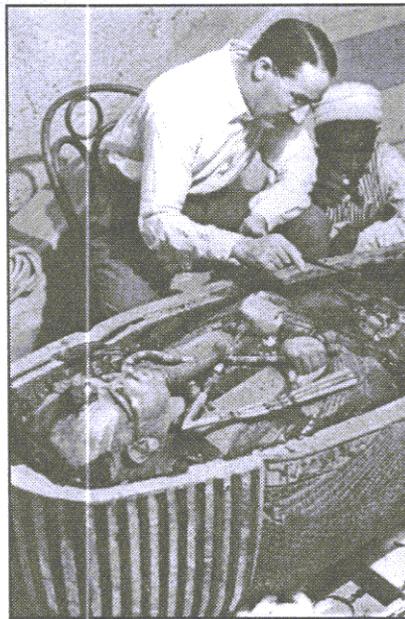
Públicas; Pierre Lacau, Director General del Departamento de Antigüedades; sir William Garstin, sir Charles Tust; Albert Lythgoe, director del departamento de Egiptología del Metropolitan Museum; Richard Bethell, secretario personal de Carter; el egiptólogo Winlock; el inspector de antigüedades Engelbach; Alí Bej Fahmy, gobernador de la provincia; sir Lee Stack Sirdah, comandante del ejército egipcio; además de los mencionados Breasted, Lucas, Gardiner, Mace, los ayudantes Callendar, Astor y Bruere, y algunos nativos. Aproximadamente, unos veinte, en total. Es importante la mención de estos personajes porque muchos de ellos, y algunas personas con las que tenían relación, pasarán a formar parte de la enigmática leyenda.

En la antecámara se han dispuesto unas sillas para los invitados y un andamio desde el que Carter va pasando las piedras que extrae del muro a lord Carnarvon y Arthur C. Mace. En un primer momento, Carter descubre una pared de oro; pero cuando, tras dos largas horas, consigue acceder a la cámara, descubre el gran féretro de oro. Carnarvon y Mace le siguen por el estrecho pasillo, a penas 65 cms., que queda entre el féretro y las paredes, teniendo cuidado de no pisar alguna trampa mortal de las que acostumbraban a ponerse en este tipo de tumbas. Al examinar el sarcófago, descubren unos cerrojos sin sellos que al abrirlos revelan otro féretro interior; pero éste tiene los sellos intactos. A los saqueadores no les había dado tiempo de llegar hasta la momia.

A partir de este momento, los trabajos, por su dificultad, comenzarán a demorarse. Se necesita una complicada estructura para levantar la pesada losa, unos

1.200 kgs., y los análisis de la momia y todos los objetos encontrados a su alrededor precisarán de unos estudios muy cuidadosos. Entre las joyas descubiertas en la cámara central, se encuentra un amuleto en cuyo reverso está grabada la siguiente frase: *“Yo soy el que ahuyenta a los profanadores de tumbas con la llamada del desierto. Yo soy el que custodia la tumba de Tutankhamon”*

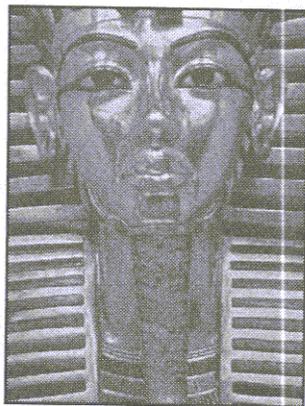
Se supone que también este amuleto será ocultado por Carter, durante el largo período de los trabajos de investigación, (solamente para extraer los cuatro sepulcros de la cámara se necesitarán 84 días), evitando que los supersticiosos “fellahs” abandonen el trabajo. Dado que su presencia ya no es necesaria a pie de excavación, lord Carnarvon decide trasladarse a El Cairo y alquila una suite en el “Hotel Continental”.



*Carter ante el sarcófago.*



*Howard Carter y Lord Carnarvon saliendo de la tumba.*



*Máscara de  
Tutankamon.*

## Extraña sucesión de muertes

En el capítulo octavo del Exodo podemos leer: «*Hubo, pues, mosquitos sobre hombres y ganados. Y dijeron los magos al Faraón: “¡Es el dedo de Dios!”*»; lo que, además de evidenciar las numerosas plagas de tábanos y mosquitos que vienen asolando a Egipto desde la más remota antigüedad, nos advierte del papel que éstas desempeñan como instrumento de venganza divino contra los hombres. Y, como tal, así fue considerado el percance que llevaría a lord Carnarvon —el hombre que financió la profanación de la tumba de Tutankhamon— a la muerte.

No se sabe exactamente cuando sucedió, pero poco tiempo después del descubrimiento de la tumba, lord Carnarvon sufrió la picadura de un mosquito en la mejilla izquierda; probablemente, se trataba de un anofeles, muy abundante en Egipto, y que suele ser uno de los principales transmisores del paludismo. La cuestión es que un excesivo esmero en el aseo provocó que el conde se cortara con una vieja hoja, exactamente en el mismo sitio de la picadura, cuando estaba afeitándose. La picadura se infectó y le produjo una septicemia (todavía no se conocía la penicilina).

El 19 de marzo, mientras desayunaba, lord Carnarvon se sintió repentinamente mal. Tenía 40º de fiebre y sufría fuertes escalofríos. Inmediatamente se avisó a los médicos, pero estos, a pesar de que examinaron la herida, no la relacionaron con el mal estado del aristócrata. Sin embargo,

su salud se iba deteriorando cada vez más y doce días después le envían un telegrama a Howard Carter, comunicándole que su mecenas está al borde de la muerte. También es alertado Porchey, el hijo de lord Carnarvon, que por esa época se encontraba de viaje en la India e inmediatamente se desplaza hasta El Cairo. El día 5 de abril, nada más llegar, se reúne con su madre, lady Almina, su hermana Evelyn, su tía, lady Burghclere, y Carter, que se hallan alrededor del enfermo. Lord Carnarvon lleva tiempo inconsciente y, según comenta lady Burghclere, antes de perder el conocimiento no hacía otra cosa que desvariar acerca de Tutankhamon. A las dos menos diez de la noche, una enfermera le avisa de que su padre acaba de morir. En ese mismo instante, se va la luz; pero no sólo en el hotel, sino en toda la ciudad de El Cairo durante varios minutos, (hasta el día de hoy nadie ha podido averiguar las causas de aquella importante avería, teniendo en cuenta que existían cuatro redes eléctricas diferentes). Otro fenómeno curioso relacionado con la muerte de su padre, y que más tarde Porchey tendrá ocasión de comprobar, es que, exactamente, a la misma hora del fallecimiento, muy lejos de allí, en Highclere Castle, la mansión de los condes de Carnarvon en Inglaterra, una perra fox-terrier muy querida del difunto comenzó a aullar angustiada con el hocico lleno de espuma y cayó muerta. Por último, un escalofriante detalle: Cuando se realizó la autopsia de Tutankhamon, se pudo apreciar que ésta tenía una herida en su mejilla izquierda, producto de un fuerte golpe en el cráneo que, según algunos científicos como el Dr. Ronald Harrison de la Universidad de Liverpool, pudo ser la causa de su muerte.

La primera víctima de la maldición del faraón había caído. Sus últimas palabras, tal como aparecen escritas en las memorias de lady Burghclere, fueron: «He escuchado su llamada y le sigo». ¿A quién se refería?

A partir de aquel momento, la nómina de fallecidos parece dispararse, incluyendo a muchas de las personas que estuvieron en el momento de apertura de la tumba, que la visitaron o que por alguna otra razón se vieron relacionados con ella. Curiosamente, los datos que se poseen sobre estas muertes, extraídos de las pocas autopsias que se realizaron, las relacionan con neumonías, picaduras de mosquito y peste bubónica y, en general, congestiones pulmonares, aunque casi siempre de forma muy dubitativa y, en muchos casos, los médicos hacen patente su extrañeza; a estas causas hay que unir tan bien otros fallecimientos provocados por suicidio. Los periódicos de todo el mundo se prodigaban en reportajes donde las fotos en blanco y negro se coloreaban para resaltar la belleza de los objetos. Y tal fue el interés que desencadenó la supuesta maldición, que durante décadas consiguió relegar a un segundo plano la gran importancia del hallazgo desde un punto de vista científico.

Una de los que primero siguieron los pasos de Carnarvon fue su viejo amigo, el multimillonario norteamericano George Jay Gould, que enterado del fallecimiento, se desplazó hasta Luxor. Allí visitó la tumba de Tutankhamon y, al amanecer del día siguiente, moría de peste bubónica o neumonía. Los médicos nunca se pusieron de acuerdo.

Tampoco llegaron a un acuerdo sobre las causas de la súbita muerte del arqueólogo Arthur C. Mace, quien retiró la última piedra de la entrada a la cámara real. Un día empezó a quejarse de un gran cansancio y rápidamente su estado se agravó, muriendo al poco tiempo en el mismo hotel que había ocupado Carnarvon, sin que los médicos supieran a qué atribuirlo.

Meses después, un profesor de literatura canadiense, apellidado La Fleur, que habiendo trabado amistad con el especialista en sellos Breasted, consiguió que Carter le permitiera acceder a la tumba. La misma noche de su visita, fallecía aquejado de unas fiebres muy altas. James H. Breasted, aunque antes había padecido también graves molestias que le postraron seis meses en la cama, consiguió superarlas. Sin embargo, en 1935, cuando viajaba en barco hacia Estados Unidos, una repentina infección que le afectó a los pulmones, terminaría con su vida.

Luego les llegaría el turno a Alí Bej Fahmy, gobernador egipcio de la provincia donde se encuentra el Valle de los Reyes, que fue asesinado misteriosamente en Londres y a su hermano que se suicidó poco después. Y también en Inglaterra, hallaría la muerte por una desconocida enfermedad el industrial sudafricano Joel Woolf, que acaba recientemente de regresar de Luxor tras visitar la tumba.

Pero no se libraría el país británico de asistir a otras enigmáticas defunciones. En 1924, el radiólogo que había inspeccionado con Carter la momia de Tutankhamon, Archibald Douglas Reed, fallecía al poco de llegar después de sufrir un intenso mareo.

Poco después de la muerte de lady Almina, esposa de lord Carnarvon, provocada por la picadura de un mosquito, le llegaría el turno a Richard Bethell, secretario personal de Carter, al que encontraron muerto en su cama una mañana de 1929. Extrañamente, varios de sus familiares fallecieron también de forma misteriosa. Así, su padre, lord Westbury, meses después se arrojaría desde un séptimo piso, en el que encontraron un jarro de alabastro que acaso pertenecía a la tumba real y una nota donde afirmaba no poder soportar por más tiempo aquel horror. Para más fatalidades, el coche fúnebre que transportaba su cadáver hasta el cementerio, se queda sin frenos y provoca un accidente en el que perece un niño. Pero no acaban ahí las desgracias: cuatro años más tarde, víctima de una depresión, la viuda de Bethell, se suicida.

Sigue la fatídica cadena con la muerte por peritonitis del hermanastro del conde, Mervin Herbert. Y más tarde el grafólogo Alan Gardiner; el director del departamento de egiptología del Louvre, George Benedite; el egiptólogo Winlock; los arqueólogos Davies, Harkness y Derry; y los ayudantes Astor y Callender; a la que tenemos que añadir a la enfermera que cuidó en sus últimos días a lord Carnarvon, que sólo contaba con 28 años.

A mediados de los años 30, veintitrés personas relacionadas con el hallazgo habían perecido y otras muchas habían sufrido algún tipo de desgracia. La egiptomanía desencadenada por este misterio, tuvo un amplio reflejo en novelas y películas. No había ejemplar de periódico que no reflejara algún nuevo suceso relacionado con la maldición de los faraones, pero ya no se limitaban

exclusivamente a la tumba del Valle de los Reyes, sino que hacían referencia a otras catástrofes. Una de las que tuvo más éxito, por tratarse de un acontecimiento que había estremecido dos décadas antes a toda la opinión mundial, fue la hipótesis que atribuía el hundimiento del Titanic a la momia de una gran sacerdotisa de la época de Amenofis IV. Esta momia y su sarcófago eran transportados a bordo para ser exhibidos en una exposición en Nueva York y, debido a su gran valor, en vez de ser alojados en la bodega, se los instaló en un compartimento tras el puente de mando. Parece ser que la momia, bien resguardada en un cajón de madera, fue la que aturdió el cerebro del capitán Edward J. Smith, obligándole a trazar el rumbo por una paraje tan peligroso como las aguas polares, provocando se esta forma el terrible desastre. Según relataban con gran conmoción los titulares, la momia iba adornada con joyas y amuletos, y uno de estos, con la figura de Osiris, llevaba la siguiente inscripción: *“Despierta de tu postración y la mirada de tus ojos triunfara sobre todo lo que contra ti se haga”*

Solamente, el estallido de la Segunda Guerra Mundial, conseguirá borrar de las primeras páginas cualquier alusión a este tipo de misterios. No obstante, alguna referencia a este tipo de temas seguiría apareciendo, incluso aplicado a temas tan importantes como la política internacional. Entre el 23 de noviembre y el 8 de diciembre de 1943 se celebró una cumbre en el hotel Mena House, situado en la altiplanicie de Gizeh, en El Cairo. A la reunión, en la que se trataban asuntos de máxima importancia relacionados con el conflicto bélico, asistían Churchill,

Roosevelt y Chiang Kai Chek. Aprovechando uno de los descansos establecidos entre aquellas agotadoras sesiones, los mandatarios decidieron visitar las pirámides; pero Franklin Delano Roosevelt declinó la invitación en el último momento. Alguien habló de un desaire a los faraones y, tiempo después, el presidente norteamericano moriría en extrañas circunstancias. Recientemente se ha publicado un libro inspirado en esta conferencia en el que se narra un ficticio complot nazi.

Años más tarde, los servicios secretos rusos parecían no haber aprendido la lección. En 1964, Nikita S. Krushev, máximo autoridad de la Unión Soviética, se alojaba en el mismo hotel Mena House con motivo de una visita oficial a Egipto. En el programa de actos estaba incluida una visita a la Gran Pirámide. Fue entonces cuando un mensaje directo desde la sede central de la KGB en Moscú, le desaconsejó la visita por razones que todavía no han sido esclarecidas. ¿Se ofendieron también esta vez los faraones? Lo único que se sabe es que meses más tarde Krushev cayó en desgracia, perdiendo todos sus cargos dentro del Partido.

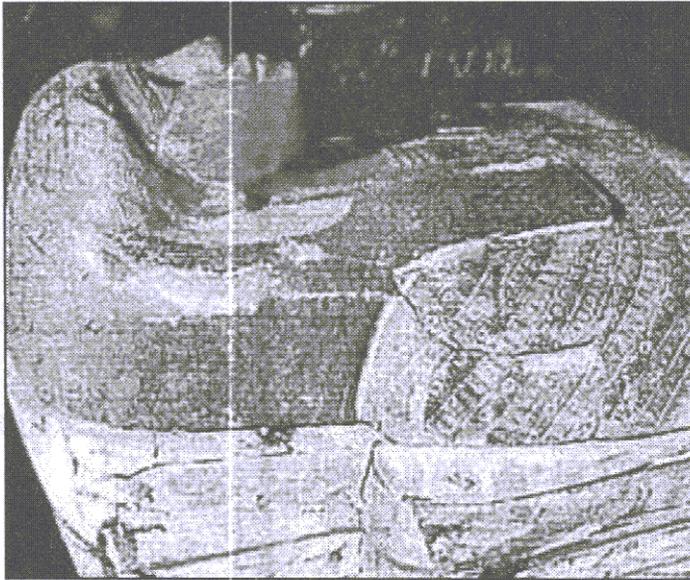
La maldición de Tutankhamon resurgía en 1966, cuando el Gobierno egipcio accedió por primera vez a trasladar los tesoros de la tumba fuera de Egipto. Mohammed Ibrahim, director del Departamento de Antigüedades, había padecido unas terribles pesadillas donde se le amenazaba con la muerte si permitía que las reliquias fueran trasladadas a París. Intimidado por tan funestos presagios, se opuso desde el primer momento a entregar los valiosos tesoros; pero al final, presionado por

altas instancias gubernamentales, no tuvo más remedio que ceder. Al salir de la reunión donde acababa de firmar el documento que autorizaba el traslado, fue embestido por un automóvil y falleció pocos días después.

En las últimas décadas, el récord de desgracias lo poseen los prolegómenos a la exposición celebrada en Londres, en agosto de 1972, con motivo del cincuentenario del descubrimiento de la tumba de Tutankhamon. Con motivo de los preparativos de la exposición, el egiptólogo Gamal Eldin Mehrez, atendía en una rueda de prensa, celebrada en el museo de El Cairo, a los numerosos periodistas que acudieron para cubrir el evento, cuando uno de los reporteros le preguntó si no temía ser víctima de la Maldición, como su antecesor, Mohammed Ibrahim. Mehrez respondió que todo aquello no eran más que coincidencias y la mejor prueba era él mismo, que había pasado toda su vida entre momias y ataúdes. Aquella misma tarde, cuando los operarios embalaban todos los objetos, incluida la célebre máscara de oro del faraón, para ser trasladados a Inglaterra en dos bombarderos de la RAF, el arqueólogo cayó fulminado en el suelo del museo. Causa de la muerte: una embolia.

Hasta aquí, una sucinta exposición sobre algunas de las supuestas víctimas de la Maldición egipcia más famosa. No obstante, hay algo que todavía no han podido explicar quienes afirman creer en estas amenazas de ultratumba. ¿Por qué Howard Carter, el máximo perturbador, el culpable principal, el primero que interrumpió el descanso del difunto rey, murió tranquilamente, por causas completamente

naturales, a la edad de 66 años? Es cierto que hasta el momento de su muerte, en Londres, en 1939, sufrió cefaleas y algunos accesos de debilidad e insomnio, pero nunca algo tan grave que le impidiera seguir trabajando hasta el final de su vida. ¿Por qué le perdonó el faraón? ¿Y qué pasó con los más de 12.000 turistas que en los primeros meses de 1926 visitaron la tumba?



*Sepulcro de gran sacerdotisa.*



*Lord Carnarvon en su lecho de muerte.*

## Un arma biológica

A 3.000 kilómetros al norte del Nilo y cincuenta años después de la misteriosa cadena de muertes acaecida tras el descubrimiento de la tumba de Tutankhamon, catorce científicos polacos entran en la cripta del rey Casimiro IV y su esposa, para examinar el estado de su restos mortales.

Estamos en Cracovia, antigua capital de Polonia, en 1973. Aunque Polonia vive todavía bajo un régimen comunista, la mayoría del pueblo polaco tiene hondas raíces católicas, así que para no herir susceptibilidades, la investigación se oculta a la opinión pública.

Los científicos, quizás por dejadez o por ignorancia, llevan a cabo toda la investigación sin guantes ni mascarilla. Se trata, simplemente, de unas momias y, digamos, no les importa mucho que puedan deteriorarse por la transmisión de las bacterias que ellos puedan tener en las manos o expeler con su respiración.

Terminadas las investigaciones, el cardenal de Cracovia, Karol Wojtyla, que más tarde llegaría a papa con el nombre de Juan Pablo II, procede a inhumar a la pareja real.

Un año más tarde, cuatro de las personas que habían asistido a la exhumación, habían muerto por fallos cardíacos o derrames cerebrales. No tardó mucho en hablarse de una maldición. La revista soviética "Sputnik" se hizo eco del suceso y el caso comenzó a tomar relevancia cuando, al

cabo de los años, de los 14 científicos que habían tomado parte en el experimento sólo quedaban dos.

Uno de los supervivientes fue el catedrático de microbiología Boleslaw Smyk, de la Landwirtschaftlichen Akademie de Cracovia. Fue él quien intrigado, y alarmado, por los fallecimientos, empezó a investigar otros casos parecidos. Se dio cuenta que él también había experimentado, durante las labores en la tumba, dolores, mareos e insomnio; algo que coincidía de manera asombrosa con los síntomas que había manifestado Howard Carter en el tiempo que trabajó en la tumba de Tutankhamon.

Por la misma época, un equipo francés analizaba la momia de Ramses II, preocupados porque había empezado a mostrar síntomas de humedad y putrefacción. En este caso, si habían tomado la precaución de utilizar mascarillas y guantes para preservar a la momia de cualquier agresión externa. Sin saberlo, fue eso lo que les salvó de no correr el mismo destino que sus colegas polacos.

Tanto en el caso polaco, donde se detectó la presencia de bacilos del "Aspergillum flavus" en las muestras extraídas del sarcófago y del fémur de la momia del rey; como en el caso francés, donde la presencia abundante de hongos en las orejas de la momia de Ramsés II, les llevó a descubrir la existencia de "Aspergillum flavus" y "Aspergillum niger"; llegaron a la consecuencia de que estos mortales agentes patógenos podían tener algo que ver con la famosa "maldición".

Además, existían las conclusiones preliminares a las que había llegado años antes, en 1962, el Dr. Ezzeddin

Taha, médico biólogo de la Universidad de El Cairo. Según sus estudios realizados con la colaboración de arqueólogos y personal del museo, en todos los casos, había encontrado un hongo que provocaba en estas personas fiebre e inflamación de las vías respiratorias. Entre los agentes patógenos detectados estaba el "Aspergillus niger". Tal seguridad en sus investigaciones, le llevó a decir a Taha que, si existían las maldiciones, podían curarse con antibióticos. Sin embargo, poco después, fallecía en un accidente de automóvil en la carretera que une El Cairo con Suez. El resultado de la autopsia fue: muerte por embolia. ¿Otra casualidad o también fue víctima de la enfermedad que denunciaba?

Lo fundamental de estas investigaciones es que se llegó a la conclusión de que estos tipos de microbios podían permanecer durante miles de años inactivos, en condiciones constantes, y reactivarse al contacto con el aire y la humedad. Lo que explicaba su increíble capacidad nociva después de estar encerrados tanto tiempo en las tumbas. Incluso había un ejemplo perfectamente documentado por el Dr. Kamal-Sabri Kolta, del Institut für Geschichte der Mewdizir, de Munich, que analizó "in situ" los trastornos que padecían los restauradores y las personas que manipulaban los tejidos de los hábitos y demás objetos sagrados que se guardaban en las antiguas iglesias griegas. Durante siglos, acostumbrados a los mareos, fiebres y otros síntomas, que se daban entre los monjes de estas iglesias, esta extraña enfermedad acabó siendo denominada como la "enfermedad copta", hasta que los análisis del doctor Kolta descubrieron la presencia de "Aspergillus".

Del mismo modo, podríamos citar la enfermedad de la "histoplasmosis", también conocida como "el mal de las cavernas", provocada por un pequeño hongo de nombre "Histoplasma capsulatum", que fue descubierta a partir de los análisis realizados en exploradores y arqueólogos que trabajaban en sepulturas incas y que la venían padeciendo. En una primera fase, suele atacar a los pulmones; pero si no se controla a tiempo, ataca al hígado, el bazo y los ganglios, produciendo la muerte. Además, es contagiosa, lo que podría explicar los casos de personas de una misma familia o grupo que se ven afectadas. Volvemos así al caso de lord Carnarvon donde murió su hermanastro y la enfermera que le cuidaba. Esta enfermedad también afectó al geólogo sudafricano, John Wiles, que examinaba unas cuevas subterráneas en Rhodesia.

Pero, podemos hallar ejemplos semejantes en climas más húmedos, como es el caso de la perforación del túnel de San Gotardo, en Suiza, en plenos Alpes. Una gran cantidad de obreros se vieron afectados de anemia y vómitos, provocados por el "anquilostoma", un parásito que destruye los glóbulos rojos. El impacto de este caso fue tan grande que pasó a los anales de la medicina como la "enfermedad del túnel", aunque también era conocida en Francia como la "anemia de los mineros".

Todos estos casos, podrían haber sido también objeto de una leyenda si, como en la tumba del Valle de los Reyes, hubieran contado con el esplendor y el misterio de lo exótico y antiguo. Tampoco la prensa colaboró, llenando sus páginas de testimonios difícilmente verificables, pero que conseguían vender miles de ejemplares cada día. Si existía

una maldición, era puramente biológica. Lo demás eran intentos de amedrentar a los posibles saqueadores con amenazas basadas en espíritus sobrenaturales. Al fin y al cabo, tenían derecho de procurarse, ¡por cualquier medio!, una estancia tranquila en el más allá.

Hoy en día, la mayoría de los expertos en enfermedades pulmonares están de acuerdo en que las causas de esas muertes son producidas al inhalar el moho que se aloja en los muros y en los objetos. La Dra. Caroline Stenger - Philippe, de la Clínica Lungen, una de las mayores autoridades actuales en enfermedades de las vías respiratorias y que fue discípula del eminente Dr. Arthur Maier, no tiene ninguna duda acerca de la similitud en la sintomatología de las muertes. En los informes de las autopsias que se han conservado y que ella pudo estudiar, todos coinciden en los efectos que luego generan ciertos grupos de enfermedades. Estos microbios surgen de la descomposición de los tejidos orgánicos y se desarrollan sobre todo en el agua, el polvo, los alimentos descompuestos y en lugares pútridos, como puede ser una tumba. Al inhalarlos, atacan rápidamente a las bacterias del sistema inmunológico, provocando todo tipo de enfermedades alérgicas. Naturalmente, el peligro de muerte se da preferentemente en personas con deficiencias pulmonares y respiratorias, lo que explicaría el que no fallecieran la mayoría de los turistas, y que tenían un contacto más continuo con la excavación. Estos eran los casos de lord Carnarvon y de muchos de los arqueólogos que habían quemado sus pulmones después de años

expuestos al polvo o a enfermedades exóticas contra las que no estaban inmunizados.

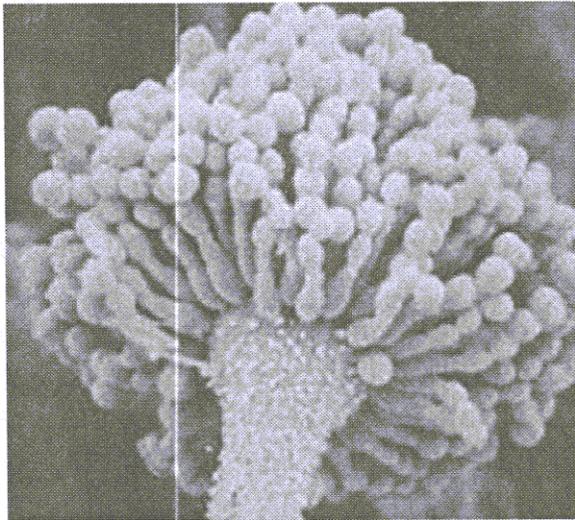
Pero no tenemos que irnos tan lejos en el tiempo para ver ejemplos de personas muertas a causa de algún tipo de "Aspergillus". En los últimos años hemos asistido a las muertes sucesivas de personas que habían sido expuestas a este virus; bien en un hospital donde no se tomaron medidas de desinfección durante unas obras o cerca de algún sistema de refrigeración cuyos filtros no habían sido convenientemente renovados. En la mayoría de los casos, se trata de personas en un estado de gran debilidad, como los enfermos, o que padecen afecciones pulmonares. Aunque nada impide que también afecte gravemente a personas sanas. En el caso del "Aspergillus flavus", el más peligroso de todos, su efectividad es radicalmente mortal.

Aquí, con casi toda seguridad, está la auténtica maldición de los faraones. Una simple bacteria que ataca, sobre todo, a las personas con defensas bajas o ya enfermas.

Recientemente hemos leído en los periódicos los casos de muertos contagiados en... Quirófanos de hospitales, por la "aspergillus". Y otros por bacterias de la "legionella" transmitidos a partir de las torres de refrigeración del aire acondicionado. Curiosamente bacterias semejantes a las que se desarrollarían en las tumbas antiguas, pero ahora en medios de los más representativos de nuestra moderna civilización. Realmente es cierto el dicho clásico: "No hay nada nuevo bajo el Sol".

Lo anterior es, sin duda, válido para algunos casos pero, sin embargo, no podemos dejar de considerar la última, y posiblemente mayor causa de “la maldición de los faraones”. La psicológica.

Realmente en aquel ambiente, con aquel calor, en aquella escena y, sobre todo, con la cabeza llena de historias fantásticas, cualquier persona algo influenciable estará dispuesta a sentir... Así se crean las leyendas.



*Aspergillus flavus* ampliado con microscopio.

## El misterio de las momias

La palabra “momia”, que se aplica normalmente al cuerpo humano o animal que ha sido conservado de forma artificial, deriva etimológicamente del término persa “Mummia” que significa “cosa abetunada”, que se aplicaba a los cuerpos embalsamados, debido a su apariencia oscura. De ahí viene la palabra árabe “múmmya”, de “Mum”, betún o cera mineral, sustancia que se utilizaba abundantemente en el proceso de momificación de los cuerpos; más exactamente lo que hoy conocemos por Betún de Judea y que se puede adquirir en cualquier droguería.

Gracias a los escritos de historiadores griegos y a los exámenes de las momias que se vienen efectuando desde hace casi dos siglos, sabemos del conocimiento que los egipcios tenían sobre momificación y cómo era el proceso funerario desde que se producía el momento del fallecimiento.

Según cuenta Herodoto, cuando un hombre fallecía, las mujeres de la familia se embadurnaban la cabeza con barro y, en una clara demostración pública de pesadumbre, se echaban a la calle, mientras se rasgaban las ropas, dejando los pechos al aire y se autoflagelaban. Lo mismo hacían los parientes masculinos, sólo que su manifestación de dolor se realizaba individualmente. Naturalmente, los gritos de plañideras, muchas veces contratadas, y el número de familiares y amigos que alborotaban las callejuelas con

sus muestras de dolor, eran la prueba fehaciente de la categoría del difunto.

Salvo en el caso de que se tratase de una persona con cierta posición social, generalmente los cadáveres de las personas pertenecientes al pueblo llano se dejaban secar al sol, tras un baño de natrón, y después se colocaban dentro de un hoyo de arena, al borde del desierto, o se tiraban en una cueva, envueltos con una tela floja de lino crudo y un bastón y unas sandalias para su largo viaje al Otro Mundo. En la mayoría de los casos, el cuerpo terminaría siendo pasto de las alimañas.

En cuanto a las clases más acomodadas, desde nobles y clero hasta mercaderes, eran, precisamente, los familiares masculinos los encargados de realizar todos los trámites para llevar el cadáver al embalsamador que, como suele suceder en cualquier otro negocio, se esforzaba por ofrecer a los familiares del fallecido diferentes modelos de cuerpos hechos en madera, totalmente pintados y acabados, para que se hicieran una idea de cómo iba a quedar el cuerpo después de tratado. Muchas veces, modelos de este tipo se exhibían a las puertas de los negocios, rivalizando entre los embalsamadores sobre la fineza de sus trabajos, entre los que se encontraban verdaderos artistas en este menester.

Había tres formas diferentes de embalsamar, dependiendo de las posibilidades económicas del difunto. En la forma más cara, lo primero que hacían los embalsamadores era extraer el cerebro a través de las fosas nasales ayudándose de un gancho de hierro. Lo que no se

podía sacar por este método, lo eliminaban con infusiones de drogas que conseguían ablandar los restos. A continuación abrían un costado utilizando un cuchillo muy cortante de obsidiana, por donde retiraban todo el contenido del abdomen, el cual limpiaban seguidamente con vino de palma, y luego otra vez con una infusión de hierbas aromáticas. Hecho esto rellenaban la cavidad de mirra molida, casia y otras muchas especias, y cosían la herida (normalmente las cavidades vacías, tanto el cuerpo como la cabeza, se rellenaban con lino empapado en resina, y cebollas, para que el cuerpo conservase su forma natural). A continuación cubrían el cadáver por completo con natrón (una sal de sodio natural, con un poder secante muy efectivo y ligeramente antiséptico) durante setenta días. Transcurrido ese lapso de tiempo, que no podía en ningún caso ser excedido, lo lavaban, lo secaban y lo envolvían, de pies a cabeza, con vendas de lino fino empapadas de resina, que los egipcios usaban a modo de pegamento. Realizados todos estos procesos le devolvían el difunto a los deudos, que lo inhumaban en un ataúd de madera encargado a propósito y hecho con la forma de una figura humana que representaba al difunto. Después, una vez sellada la caja, la colocan en una cámara sepulcral, de pie contra la pared o dentro de un sarcófago, según las posibilidades y posición social del finado.

Si alguno deseaba ahorrarse el gasto y elegía el procedimiento de segunda clase, los embalsamadores no practicaban ningún tipo de incisión, limitándose a llenar unas cánulas con aceite de cedro, que luego inyectaban a través del año, cuidando de taponarlo para que no volviera a salir,

mientras se cubría el cuerpo en natrón durante el número prescrito de días. Al término de ese tiempo se dejaba salir el aceite de cedro, junto al que salían grandes porciones del estómago y los intestinos totalmente licuados. Al mismo tiempo, el natrón había disuelto los músculos, de forma que sólo quedaban del difunto la piel y los huesos. En este estado se devolvía el cadáver a la familia, que, aunque limpio por dentro, no podía compararse con la meticulosidad del primer método.

Por lo que respecta al procedimiento más barato, que era reservado a las clases menos pudientes, consistía en limpiar los intestinos con una lavativa y poner en natrón el cadáver durante los setenta días aludidos, tras lo cual era entregado a sus familiares.

La clase de personas que practicaban la profesión de embalsamador, solían hacerlo por tradición familiar, y en el caso de rituales practicados por sumos sacerdotes, las técnicas solían transmitirse en el mayor de los secretos, lo que les producía unos pingües beneficios, además de asegurarles una respetable posición social. Aunque se daban posiciones muy curiosas dentro de la profesión que, aunque sujetas a un ritual, hacían que no fuera igual de respetuosa para todos.

Cuando los del fallecido habían llegado a un acuerdo en el precio y forma de embalsamamiento, el cuerpo era pasado a otra sala donde los embalsamadores comenzaban su tarea. En el caso del procedimiento más caro, uno de ellos, probablemente el de mayor categoría, que se hacía llamar el “escriba”, marcaba con tinta la marca en el costado

izquierdo, por encima de la ingle, que indicaba el lugar por donde se tenía que hacer la incisión correspondiente. Le tocaba entonces el turno al “rasgador” que con un cuchillo de pedernal hacía el corte en el sitio previamente marcado. Hecho esto, el hombre que había practicado la incisión salía corriendo perseguido por los otros ayudantes que le apaleaban y tiraban piedras, en señal de repulsa por lo que había hecho. Para los antiguos egipcios, que alguien cometiera un acto de violencia contra un cadáver era considerado como una barbarie y una perversidad; de ello quizás este rito, que tendría más de parodia que de otra cosa, salvo que la paga mereciese soportar la paliza.

Pese a esta anécdota, relatada por Diodoro, los embalsamadores eran tratados con muchísima consideración, respeto y altos honores, relacionándose, — los que no lo eran—, con la clase sacerdotal, lo que les permitía entrar en los santuarios, como si fueran ceremoniosamente puros. Una vez efectuada la incisión, metían la mano por el hueco practicado y extraían cuidadosamente todos los órganos: los intestinos, los pulmones, el estómago, el hígado, la vejiga biliar, a excepción del corazón que era considerado como el centro de la inteligencia, aunque se conoce de casos que también fue extraído. El resto del procedimiento era tal como hemos descrito anteriormente.

Una cosa que sí era fundamental era el cuidado que se ponía en mantener al máximo los rasgos originales del fallecido, pues a la mayoría de los egipcios les gustaba guardar los cuerpos de sus antepasados para poder enseñar a las generaciones posteriores cuál era su apariencia.

Existen dos versiones de los destinos que se les daban a las vísceras extraídas del fallecido. Algunos afirman que en algunos casos de enfermedad, estas vísceras al ser la causa de los males del difunto, —o al menos eso era lo que los médicos habrían establecido—, eran mostradas al Sol, para luego tirarlas al río o quemarlas, considerándolas impuras. Pero la más extendida, y de la que tenemos abundantes pruebas, nos dice que éstas, tras ser mostradas al Sol, se guardaban después en una caja. En el ritual que se hacía al mostrarlas al Sol, se hacían ofrendas a los dioses para que estos otorgaran una nueva vida al fallecido y para que le concedieran una morada eterna al lado de ellos.

Todo el mundo sabe que los egipcios tenían en gran importancia la momificación tanto del cuerpo como de las vísceras; por eso, los embalsamadores utilizaban idénticas técnicas de conservación tanto en ellas como en el resto del cuerpo. Cuando llegaba el momento de la extracción, los embalsamadores envolvían las vísceras con vendas de lino, —que solían estar hechas con jirones de las sábanas donde había reposado por última vez el difunto—, una vez que habían sido deshidratadas y tratadas con natrón. Las depositaban en cuatro recipientes, con forma de jarrones, que reciben el nombre de “vasos canopos” y que tenían representada en su tapa la efigie de uno de los cuatro hijos de Horus: Kebehsenuf (que protegía los intestinos, con cabeza de halcón), Imset (protector del hígado, con cabeza humana), Duamutef (protector del estómago, con cabeza de chacal) y Hapi (protector de los pulmones, con cabeza de babuino), cada uno correspondiendo al tipo de órgano al que

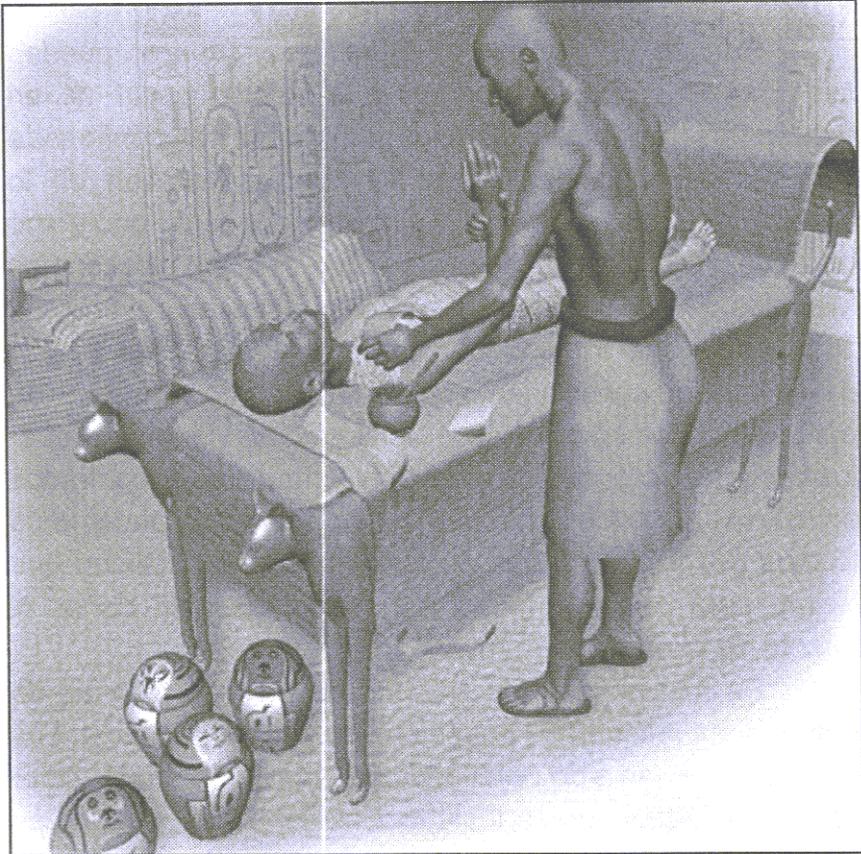
era asignado. Después de introducidos en sus respectivos lugares, se rellenaban esta especie de jarrones o diminutos ataúdes con el “Líquido de Horus” e inmediatamente se cerraban herméticamente en un arcón con cuatro compartimentos, invocando y recitando durante la ceremonia los conjuros de protección.

Pero como ya apuntamos, no todos los órganos eran considerados por igual: así el cerebro era desechado, pues no le conferían ninguna función importante, mientras que los riñones permanecían en su situación habitual. Sin embargo, el corazón estaba considerado como la fuente de todas las funciones propias del intelecto más elevado y refinado, y, por este motivo, lo mantenían dentro del tórax. Con él debía rendir cuentas el difunto ante el tribunal de Osiris como contrapeso de la pluma de Maat.

Estos órganos, que habían sido separados de su continente habitual, y que habían contribuido durante toda la vida del difunto al buen funcionamiento de su cuerpo, debían estar encerrados en un estuche mágico donde pudieran seguir contribuyendo al bienestar del fallecido durante su vida ultraterrena.



*Momia de  
Tutankamon.*



*Reproducción de un embalsamamiento.*

## Los clásicos tenían razón

Aunque las noticias de Herodoto y Diodoro pueden ser muchas veces sorprendentes e incluso pecar de un exceso de imaginación, estudios posteriores han confirmado que sus descripciones sobre las momias estaban en lo correcto. Es más, sirven para confirmar que tanto uno como otro (de Herodoto se sospecha que fue iniciado en los Misterios de Isis) realizaron estudios directos sobre momias. Todo esto viene a demostrar que sus afirmaciones acerca del sofisticado conocimiento de las técnicas de momificación por parte de los egipcios eran ciertas, como vienen a probar los cientos de cráneos de momias que han sido encontrados en cuevas y pozos de Tebas y que están completamente limpios por dentro, lo que demuestra la gran habilidad que tenían para remover todas las membranas sin dañar el puente de la nariz.

Se han encontrado cráneos de momias rellenas de betún, otras rellenas de trapos de lino y otras de resina. Los cuerpos que han sido rellenos con resina tienen un color verdoso y la piel parece tostada. Estas momias, cuando se les intenta quitar las vendas se rompen y deshacen a la mínima. Sin embargo, las momias que han sido tratadas con gomas aromáticas y resina se conservan bien, especialmente los dientes y el pelo. Por otra parte, los cuerpos que han sido rellenos con betún, muestran una apariencia negruzca y están duros; los rasgos se mantienen

intactos y el cuerpo pesado. El betún penetra en los huesos de tal manera que a veces es difícil distinguir qué es hueso y qué betún. Los brazos, manos, pies y piernas de estas momias tienen la textura de un cristal, con una piel dura y una carne que aparece caída y descolgada en los huesos. Además, se debe tener bastante cuidado, pues son altamente combustibles. Está claro que los cuerpos conservados en betún ofrecían más garantías y por eso su nombre se generalizó, abarcando como “momias” a todos aquellos cadáveres que eran tratados para su conservación.

Los exámenes efectuados a numerosas momias, demuestran con claridad que los métodos que se utilizaron para preparar a los cuerpos, vendarlos y ornamentarlos, eran conocidos por los historiadores clásicos y los minuciosos análisis científicos realizados coinciden con sus descripciones. ¿Por qué, entonces, aceptamos lo que en un tiempo acusamos de fantasía y luego se probó cierto, y sin embargo seguimos condenando al mundo de la ficción el resto? ¿Herodoto sólo dice verdades cuando nos interesa? Resulta sospechosa esa tendencia oficialista a reconocer únicamente aquello que no queda más remedio, a la vez que se ponen el mayor número de trabas para que no vuelva a repetirse el bochorno.



Anubis prepara a la momia.

## Fórmulas rituales del vendaje

Los egipcios se tomaban con la mayor formalidad la momificación de cualquiera de sus miembros, pues creían que eran inmortales y que vivirían eternamente en un cuerpo espiritual. Por eso intentaban a través de ceremonias mágicas que su cuerpo corrupto durara para siempre.

En un papiro traducido por Maspero, se contempla todo un ritual de embalsamamiento, con una detallada información de cómo un cuerpo era vendado, en la época de la Gran Pirámide, y de la clase de ungüentos y palabras mágicas que eran necesarias durante esa ceremonia de momificación. Dice el sumo sacerdote, dirigiéndose al difunto: *“Derramamos sobre tí el perfume del Este, para hacer perfecto tu olor y que así puedas seguir el rastro de Dios. Te traemos los líquidos que llegan de Ra, para volver perfecto tu olor en la Sala del Juicio Final. Oh! dulce alma olorosa del gran Dios, tú poseerás el olor penetrante que hará que tu rostro no se marchite, que tus miembros rejuvenezcan en el Este, y tu alma aparecerá sobre tu cuerpo en Ta-Neter, la Tierra Divina”*.

Dicho esto, el sacerdote tomaba un vaso que contenía diez perfumes diferentes y rociaba el cuerpo dos veces desde la cabeza a los pies, deteniéndose con esmero en la parte de la cabeza. Después, siempre dirigiéndose al fallecido, seguía: *“Osiris, tú que has recibido el perfume, que hará perfectos todos tus miembros. Tú que has recibido la*

*fuelle de la vida y que has adoptado la forma del disco Atón para así dar larga vida a todos tus miembros. Tú que te unirás a Osiris en la Sala del Juicio Final; el ungüento moldeará tus miembros y alegrará tu corazón y aparecerás en forma de Ra. Él te hará ser aclamado cuando al atardecer te sitúes en el Cielo y hará que tu olor se expanda por los nomos de Aqert. Recibe el aceite de cedro en Amentet, y el cedro que viene de Osiris, recíbelo para librarte de tus enemigos y protegerte de los nomos. Tu alma se ilumina en los venerables arcos blancos. Tú llamaste a Isis; Osiris escuchó tu llamada y Anubis vino hacia ti para invocarte. Tú que recibes el aceite de Manu, que viene del Este, y con Ra ascendiste a la entrada del horizonte a las sagradas puertas del Neith. Tú, que vas hacia adentro. Tu alma está en lo más alto del Cielo, mientras tu cuerpo está en lo más bajo. Saludos Osiris, que el ojo de Horus florezca en ti y en tu corazón siempre”.*

Tras haber recitado estas palabras por dos veces, los órganos internos que habían sido extraídos del cuerpo del difunto, eran puestos en el “Líquido de los Hijos de Horus” para así poder macerarse. Mientras esto ocurría se recitaba otro ritual. Más tarde, los órganos se colocaban en el cuerpo, el cual yacía tendido, con la espalda untada de aceite sagrado y la cara mirando hacia el Cielo.

Entonces se colocaba sobre la espalda del cadáver una pieza de lino en nombre de Sebek y Sedi; y dirigiéndose al fallecido se le comunica que el líquido es secreto y que es una emanación de los dioses Shu y Seb; además, la resina de fenicia y el betún de Biblos harán un funeral perfecto,

facilitándole los movimientos para poder así santificar sus pasos en la sala de Seb.

Tras esto, le ponían amuletos de oro, plata, lapislázuli y turquesas, que le asegurarían un placentero viaje al Más Allá. (Entre estos amuletos solían escogerse fundamentalmente el Escarabeo, animal sagrado para los egipcios que, durante mucho tiempo lo usaron para representar el concepto “autoengendrado”; el Corazón, que para los egipcios era fuente de toda vida y pensamiento; o el “ankh”, el amuleto de la vida, la cruz ánsata de la inmortalidad). El cadáver continuaba tendido boca arriba y comenzaba la ceremonia de dorar los pies y las manos. Para ello se vendaban los dedos con tiras de lino, recitando estas palabras: *“Saludos Osiris, tú que recibes las uñas de oro, los dedos de oro y el metal dorado (smu). Ahora que el líquido de Ra ha entrado en tu cuerpo, al mismo tiempo que en los divinos miembros de Osiris, para que tu viaje sea inmortal. Tú que llevas las manos doradas a la casa de la eternidad, con la pureza del smu y tus brillantes dedos, al habitáculo de Osiris, en el mismísimo santuario de Horus. Saludos Osiris, el oro de las montañas viene hacia tí. Es el talismán sagrado de la morada de los dioses, iluminando a su vez el Cielo. Tú eres oro. Tú que te muestras en smu. Aquellos que asisten a tu funeral están felices, porque te has transformado en un halcón dorado a través de los amuletos de la Ciudad Dorada”*.

Después de recitar estas palabras, el sacerdote que estaba personificando a Anubis, se acercaba al cadáver, inclinando la cabeza repetidas veces y colocando unas piezas de lino sobre el cuerpo inerte.

Una vez que la cabeza, cara y boca estaban convenientemente untadas de aceite, se empezaba a vendar al cadáver. La primera pieza de lino se ponía en la frente invocando el nombre de Nekheb; la siguiente en la cara en el nombre de Hator; después en los oídos en el nombre de Thoth; y en la nuca en el nombre de Nebt-Hetep. Sobre la cabeza, cubriéndola, se ponía una pieza de lino en el nombre de Sekhet; dos piezas más sobre los oídos; sobre las fosas nasales y carrillos, amarrando todo esto fuertemente con una tira de lino. Después sobre la frente se ponían cuatro piezas; arriba de la cabeza dos; dentro de la boca dos y fuera de ella otras dos; sobre el mentón dos piezas y sobre el cuello cuatro piezas largas. En total tenían que poner 22 piezas a la derecha e izquierda de la cara cubriendo las dos orejas. Era ese el momento de hacer la dedicatoria a la Gran Señora del Oeste: *“Que tu aliento penetre en tu cuerpo, para ir al Más Allá. Para que pueda ver con sus ojos y oír con sus oídos. Para que pueda respirar por su nariz y hablar con su boca en el Más Allá. Recibe, oh! Tú, su voz en la Sala de Mat y su plegaria en la Sala de Seb, en la presencia del gran dios, Señor de Amentef”*.

La ceremonia y la siguiente dedicatoria que se hacía después de mencionar estas palabras, estaban destinadas a que el fallecido se asegurase los placeres y el bienestar en su vida futura a consecuencia de los aceites y ungüentos mágicos que se habían puesto, de las piedras preciosas y de las figuras mágicas que se habían pintado en los vendajes.

Las propiedades protectoras de piedras preciosas con que se le adornaba, así como los granos de mirra y

resina, eran para que el fallecido fijara su cabeza al cuerpo, para que esta jamás se desprendiera gracias a que Horus y Anubis realizarían perfectamente el vendaje. Perder la cabeza estaba considerado como una de las peores desgracias que le podía ocurrir a un difunto, pues la cabeza era la sede de los sentidos y sin ella no podría el difunto comer, beber, oír, ver y oler. A esta situación iría destinado uno de los ritos funerarios más principales “La apertura de la boca”, de la que hablaremos más tarde. La protección de las palabras mágicas del sacerdote que, personificando a Anubis, reproducía la escena que el propio dios Anubis realizara al dios Osiris, eran la garantía de que todo estaba asegurado para su viaje al Otro Mundo.

Seguidamente, se proseguía el vendaje, que empezaba por la mano izquierda, siguiendo siempre las instrucciones del Ritual del Embalsamador. La mano se ponía sobre una pieza de lino. Un anillo se metía y se sacaba por todos los dedos, uno a uno. Después se ponían 36 substancias aromáticas que se usaban para embalsamar atendiendo al número de formas que adopta el dios Osiris. Hecho esto, la mano era vendada con una tira de lino, la cual estaba plegada seis veces, habiendo en cada pliegue adornos y dibujos referentes a Isis y Hapi. Con la mano derecha se hacía lo mismo, sólo que los dibujos hacían referencia a Ra y Amsu. Luego se mencionaban unas palabras mágicas para asegurar y dar la divina protección a ambas manos y se procedía a vendar las piernas.

Se frotaban las plantas de los pies, las piernas y los muslos con aceite sagrado. Luego se vendaban los dedos de los pies y se ponían dos piezas de lino, una sobre cada

pierna; en la derecha con el dibujo de un chacal representando a Anubis y en la izquierda un halcón, representando a Horus. Después se cubría con flores la zona genital y se esparcían otras sustancias perfumantes, para proceder después a vendar las dos piernas.

Todo lo que debía hacerse para preservar el cuerpo, estaba hecho; cada miembro corrupto se había transformado en incorrupto, para toda la eternidad. Para finalizar, se cubría el cuerpo con una pieza de lino, ajustándola lo más posible, para después coserla, con lo que el cuerpo quedaba preparado para ser introducido en el ataúd.



*Momia vendada.*

## La momia viviente

De todas las ceremonias sagradas realizadas con momias o con estatuas que representan al fallecido, ninguna era más importante en Egipto que la “Apertura de la boca y los ojos”. Los egipcios creían que podían transmitir a una estatua los atributos de la persona que representaba la figura. Esta ceremonia se podía hacer a la entrada de la tumba o en una habitación contigua a la misma, si no se utilizaba a la momia; pero lo más importante es que el lugar estuviese purificado, al igual que todos los participantes en la ceremonia. Todas las personas debía de colaborar en la representación del funeral de Osiris, con quien el fallecido estaba ahora identificado, desempeñando cada uno un papel que estaba previamente fijado por el ritual. De esta forma, participaban:

- El Kher-heb, Sacerdote principal que portaba el papiro donde se hallaba descrito todo el ritual.
- El Sem, el Am-Si y el Am-khent, que eran un sacerdotes auxiliares.
- El Smer, un amigo personal del fallecido.
- El Sa-mer-ef, hijo del fallecido, o en su caso, un representante.
- La Tcherau- ur, mujer que representaba a Isis.
- La Tcherau- sherant, mujer que representaba a Nephtis.
- El Menhu, persona que realizaba el sacrificio.
- Un número indeterminado de personas que representaban a la guardia de Horus.

A la momia o estatua se la rociaba con agua de las cuatro vasijas, que representaban a una cuarta parte del mundo, haciendo ofrendas a los dioses Horus, Set, Toth y Sept. Esta ceremonia se hacía para restituir el uso de la cabeza al fallecido. A continuación seguía una purificación hecha con incienso a través de cuatro pequeñas vasijas que también representaban una cuarta parte del mundo.

La apertura de la boca se hacía en el momento justo que se quemaba el incienso. El sacerdote Sem, que vestía una piel de vaca, se hacía el dormido tumbado sobre un gran cojín, hasta que se levantaba al ser llamado por el sacerdote Am-si, en presencia del Kher-heb y del Am-khent. Una vez que el sacerdote Sem estaba levantado, se sentaba en una silla y los cuatro hombres empezaban a representar a los cuatro hijos de Horus, tocados con las cabezas de halcón, momo, chacal y hombre, respectivamente. Era entonces cuando el sacerdote Sem pronunciaba: *“Yo he visto a mi padre en todas sus formas”*.

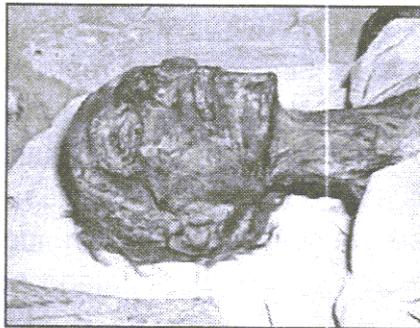
Esto lo repetían los otros hombres, uno detrás de otro. Al parecer con la intención de que la sombra del fallecido volviera, ya que se encontraba desvanecida.

Una vez que la purificación había tenido lugar y que la sombra había regresado al cuerpo, los cuatro hombres que representaban a los cuatro hijos de Horus, se acercaban a la momia o estatua, siendo el que representaba a Horus, el hijo de Isis y Osiris, el que tocaba con sus dedos la boca de la momia o estatua. Acto seguido, tenían lugar unos sacrificios animales, generalmente gacelas, patos y alguna vaca, aunque se conocen casos en donde se llegaron a sacrificar toros. Este sacrificio, efectuado por el Kher-heb,

conmemoraba la matanza de los seres endemoniados, aliados de Set, el Príncipe de las Tinieblas. Cuando la vaca o el toro había sido sacrificado, se le cortaba una pierna y se le sacaba el corazón, ofreciéndoselo a la momia o estatua, tocando con ellos cuatro veces la boca y los ojos de la momia. Efectuado esto el sacerdote Sem decía: *“He venido a abrazarte, yo soy tu hijo Horus, yo he tocado la boca, tu hijo Horus, te amo. Tu boca está cerrada, pero yo ordeno que se abra”*.

Llegado este momento, el sacerdote Sem cogía dos instrumentos, llamados seb-ur y tuntet, tocando con ellos la boca de la momia o estatua, mientras el sacerdote Kher-heb ordenaba en alto: *“Tu boca está cerrada, pero yo ordeno que se abra. Yo abro tu boca, yo abro tus ojos. Yo he abierto tu boca con los utensilios de Anubis (y lo repetía), con los utensilios que se usan para abrir la boca de los dioses. ¡Horus!, abre tu boca. Horus ha abierto la boca del cadáver, como abrió antiguamente la boca de Osiris, con los mismos utensilios de Set, con los mismos que se abrieron las bocas de los dioses. Él, Horus, ha abierto tu boca y podrás andar y hablar y tu cuerpo habitará conjuntamente con la Gran Compañía de Dioses en la gran casa de Annu, y allí recibirás la gran corona de Horus, el señor del género humano”*.

*Momia de  
Ramses.*



## ¿Reservas biológicas para la clonación?

Después de la descripción somera de estos rituales, se preguntará el lector el por qué de tanto empeño, por parte de los egipcios, en la preparación para la otra vida de un cuerpo (no sólo de un espíritu) que en la mayoría de las religiones es considerado como una simple envoltura que abandona el espíritu para dirigirse al otro mundo. Y no digamos ya, cuando estas ceremonias se realizan también para la estatua que, se supone, contendrá su "ka".

Si hemos de creernos la visión que del universo nos ofrecen los últimos descubrimientos de la física cuántica, los límites de la realidad son mucho menos precisos y claros de lo que a simple vista parece. Conceptos como tiempo lineal, materia y energía, dejan de tener unas dimensiones concretas para adentrarse en un terreno que escapa a la comprensión de la mayoría de los mortales. Esta nueva visión del mundo, sin embargo, enlaza, curiosamente, con la de un universo descrito por los antiguos ritos mágicos donde lo semejante sintonizaba armónicamente con lo semejante, tanto si esa sintonización se producía en la esfera de lo terrenal o de lo ultraterrenal.

Para los egipcios, la posibilidad de este lazo de unión no ofrecía ninguna duda. En la tumba, después de la muerte, el doble espiritual del difunto o "ka" pasaba a disfrutar de una vida mágica en medio de los objetos que para tal fin habían

sido introducidos, tanto en forma material como representados en dibujos grabados en la piedra. Este doble, que se desarrollaba desde el nacimiento junto con el cuerpo del individuo, pasaba en el momento de su muerte a ser considerado como el depósito de las fuerzas psíquicas del individuo, dándose en el caso de las prácticas mágicas la posibilidad de que el brujo o sacerdote fuera poseído por el “ka” del fallecido. En realidad, el “ka” era considerado, en la difícilmente comprensible tríada de cuerpo, alma y doble, como un fantasma que conservaba su conciencia pero estaba separado de su alma. Esta, en ciertas ceremonias mágicas de invocación, se unía a su “ka” para instruir a los sacerdotes en los asuntos del más allá, por donde el “ka” hacía, en cierta manera, las veces de lo que hoy en día la parapsicología calificaría de “periespíritu”. Pero en el caso que nos ocupa, el fallecido necesitaba siempre de la presencia de su momia para realizar ese contacto, como si estuviese indefectiblemente unido a ella. Tan estrecha se consideraba esta unión que cualquier deterioro de la momia suponía dispersar el “ka” y provocar el aniquilamiento de la personalidad. Por eso se tomaban tantas medidas de prevención para salvaguardar el sepulcro de un muerto.

Curiosamente, esta prevención no era siempre respetada: Cuando el “ka” se consideraba maléfico, se mutilaba la momia o su estatua, anulando para siempre la mala influencia del fallecido. Esta práctica nos revela un aspecto muy importante y fundamental, si queremos entender la obsesión a la que aludíamos al principio de este capítulo, y es que manifiesta la utilización de las momias como vehículo o soporte para la evocación del espíritu.

Podríamos decir que la momia era un instrumento a través del cual se manifestaba el espíritu del muerto, a la manera en que un espíritu ancestral se encarna en una máscara africana o toma posesión del cuerpo de un "médium".

Una concepción parecida, —salvando lógicamente las distancias—, la encontramos en las imágenes de los santos cristianos, donde, a la manera de las estatuas del "ka", los creyentes afirman que se manifiesta el espíritu del santo; llegando, según se ha manifestado en algunos casos, a producirse fenómenos físicos, donde la figura se ha movido para señalar alguna voluntad, ha sangrado, llorado o se ha dirigido directamente a alguna persona. También en los famosos cuerpos incorruptos, completos o no, encontramos ese paralelismo con la utilización taumatúrgica de las momias (no hace tanto que oíamos hablar de los maravillosos poderes del tan traído y llevado "brazo de Sta. Teresa).

Pero, en el caso de los egipcios, las momias parecían suponer mucho más, pues el cuerpo embalsamado del difunto no sólo recibía un culto presuntamente idolátrico, como en el cristianismo, sino que se creía en su propia fuerza, en su propia segunda vida. Hasta cierto punto, cabría asociarlo con el fenómeno del "zombie" caribeño (existen relatos de momias que hablaban y se movían), sólo que no sospechamos hasta dónde dependería de la voluntad del brujo, como este último, o de su propio deseo.

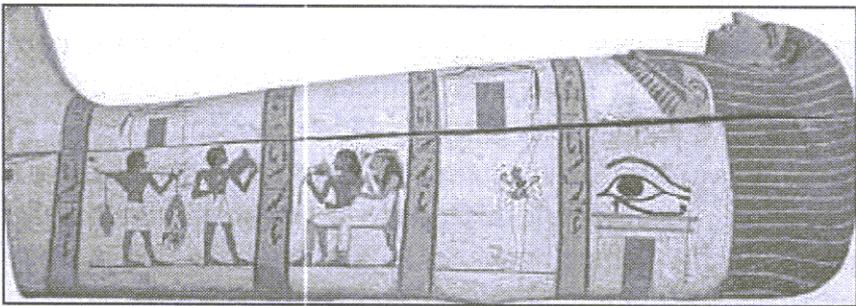
En el caso de las estatuas poseídas por el "ka", poseemos varios documentos de historiadores clásicos que nos hablan de escenas portentosas realizadas por figuras que representaban a dioses. Al parecer, estas estatuas

podían mover la cabeza para indicar sus resoluciones y su fama se extendió por todo el mundo, ya que algunas tenían la capacidad de hablar. Así se nos cuenta que el propio Alejandro Magno, en el año 332 a.C, quiso consultar al oráculo de Amon-Ra, cuya antigüedad se remontaba al 1400 a.C., y para eso escribió varias de sus cuestiones en unos rollos de papiro; pero cuando se acercaba al templo la imagen salió a su encuentro y le dijo: “Todos los países y todas las religiones las tendrás a tus pies”, profecía que luego se cumplió. También, eran capaces de resolver pleitos; tal como se nos cuenta en un fragmento de cerámica, guardado en el Museo británico, donde se nos relata la disputa que sobre la propiedad de una casa dirimió la de Amenhotep I.

¿Imágenes para manifestarse desde el Más Allá o cuerpos a la espera de una resurrección? Esta pregunta, pareciendo en sí misma un poco incoherente, contiene la lógica de la esperanza para más de una religión. Los fieles esperan la resurrección para vivir una vida futura en el Más Allá.

    Mi cuerpo es parte de mi ser, de mi vida; por tanto, lo necesitare para saber que soy “yo mismo” en el Paraíso. Se trata de un fenómeno lógico de identificación. No obstante, algunos investigadores han querido ver en esta preocupación por la preservación, lo más perfecta posible de los cuerpos, una promesa de una raza superior (venida del espacio, según Erich Von Däniken) que volverá para resucitar por un medio desconocido esos cuerpos.

Se ha hablado de técnicas de criogenia primitivas que, a la vista de las pruebas, no han dado mucho resultado, (salvo que aceptemos hipótesis muy peregrinas sobre que las verdaderas momias son otras que siguen permaneciendo ocultas), que permitirían revivir a esos mismos cuerpos. Hoy en día, la ciencia nos ha demostrado que los egipcios podrían haberse ahorrado tanto esfuerzo y, simplemente, dejar de sus cuerpos una ínfima parte. La clonación no necesitará más que de un núcleo celular, para regenerar a un individuo. Aunque, lo que ya no está tan claro es que se trate del mismo. Tal vez, por ello, tomaron los egipcios tantas precauciones.



*Sarcófago.*

## Seguros contra ladrones

En el famoso valle de los Reyes, junto a Tebas, no sólo trabajaron los arqueólogos. Familias enteras, dedicadas al expolio ilegal de tumbas, basaron su economía, durante siglos, en aquel mercado fraudulento; llegando a poseer una pericia que, en muchos casos, rebasaba a la de los propios arqueólogos.

Sin embargo, Gaston Maspero, director del Museo Egipcio de El Cairo, sospechaba que había algo más. Si aquellos ladrones llevaban tantos siglos saqueando, ¿cómo seguían apareciendo, en el mercado negro, piezas procedentes de tumbas de los más diversos faraones, cuando estaba a punto de terminarse el siglo XIX? No hacía mucho que se había desatado un verdadero escándalo, cuando se supo de la oferta a un adinerado americano para que comprase la momia de Ramsés II; y Maspero estaba dispuesto a llegar hasta el fondo de la cuestión.

Envió a un joven ayudante a Luxor, para que se hiciera pasar por un millonario aficionado a las antigüedades. No pasó mucho tiempo, cuando le fue ofrecida una valiosa estatuilla de una tumba de la XXI dinastía. El joven, llamado Emil Brugsch-Bey, se mostró interesado por conseguir más piezas y, para ganarse la confianza de los ladrones, soltó algo de dinero como adelanto; no tardando mucho en toparse con una auténtica organización mafiosa, dedicada al tráfico ilegal de todo tipo de antigüedades.

Una vez avisada la policía, y detenidos los principales responsables, se comprobó que estaban capitaneados por Abd el-Rasul, jefe de una vieja dinastía de ladrones de tumbas, que estaba explotando un succulento depósito de cuarenta momias reales, reunidas en una sola tumba, encontrado cerca del Valle de los Reyes, seis años antes.

El 5 de julio de 1881, el joven conservador Brugsch-Bey, fue el primero en descender, dado que Maspero se encontraba en Europa, a aquella cámara sepulcral perfectamente disimulada. Tras descolgarse once metros, sus ojos no podían creer lo que estaban viendo: bajo la luz de la antorcha aparecían desordenadamente apilados un montón de sarcófagos que llevaban los nombres grabados de Tutmosis I, Setis I, Tutmosis II, Ramsés II, y así hasta cuarenta faraones del Imperio Nuevo.

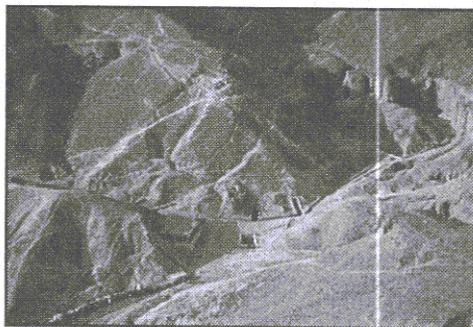
¿Pero, cuál era el motivo de aquella acumulación de momias reales en una sola tumba? Según los egiptólogos, el motivo está bastante claro: Para evitar la profanación de las momias enterradas, —cosa harto frecuente durante la larga historia de Egipto—, los sacerdotes abrían robado, en el máximo secreto, las momias de todos ellos; cobijándolas en un lugar recóndito y fuera de toda sospecha, donde podrían descansar para toda la eternidad sin verse sometidas a la avaricia de los saqueadores. Claro que no supieron predecir la avaricia de uno de sus súbditos futuros, Abd el-Rasul, que, en 1.875, se frotó con regocijo las manos ante lo que él esperaba que fuese un magnífico negocio.

La importancia extraordinaria del descubrimiento fue inmediatamente comunicada a Maspero que, pese a las dificultades del transporte en aquella época, no tardó apenas

unos días en ponerse al frente de la excavación. El 14 del mismo mes, todas las momias y sarcófagos navegaban, Nilo abajo, en dirección al Museo de El Cairo, ante la mirada desilusionada de Abd el-Rasul que contemplaba como sus ganancias desaparecían en la corriente. Pero, no fue el único en despedir a las momias con tristeza; según el testimonio de Gaston Maspero, durante toda la travesía pudieron contemplar un fenómeno extraordinario: cientos de mujeres gritando y hombres disparando sus armas se agolpaban en las orillas del río para dar el último adiós a aquellos que habían sido durante miles de años sus dioses. ¿Desde cuánto tiempo antes sabían los lugareños de la existencia de aquellas momias? ¿Seguía manteniéndose, después de milenios, un culto secreto que había salido a la luz por la ambición de una familia de saqueadores? Pocos años más tarde, Howard Carter y lord Carnarvon, recibirían algunas misteriosas advertencias que les prevenían del peligro que les acechaba si osaban abrir la tumba de Tutankhamon.

Como ya sabemos (ver “La maldición de los faraones” en esta colección), no fueron todo lo cautelosos que hubieran debido y desencadenaron toda una sucesión de trágicas muertes que conmovieron a medio mundo.

*Valle de los  
Reyes.*



## Se venden espadas napoleónicas, el honor de los Carnarvon y momias si hace falta

Durante mi visita a “Fine Antique Arms”, en Inglaterra había descubierto que, si bien Terence y Christopher Porter no tenían ninguna afición por los disfraces como su colega Mme. Raso, sí poseían el mismo sentido romántico de la venta de antigüedades, o sea, ninguno. Además, no aceptaban negociar por teléfono con clientes desconocidos, por mucha recomendación de “Aux Armes d’Antan” que tuvieran; así que no tuve más remedio que trasladarme hasta allí.

Recibido por Terence, éste no estaba dispuesto a perder ni un minuto hablando de Egipto ni de vikingos. Nada más llegar, me llevó hacia un rincón de su amplio establecimiento y me interrogó sin más preámbulos sobre cual era mi idea del valor (pecuniario, claro está) de la espada.

Protesté pues yo no era un experto para valorar aquel tipo de piezas. Mi interés por ella era, si se podía decir así, simplemente personal. Si quería asistir a la subasta era para comprobar si estaba al alcance de mis posibilidades el adquirirla.

Y, precisamente, eso era lo que le interesaba a calibrar Mr. Terence Porter, antes de permitirse perder el tiempo con alguien que no tuviese el suficiente interés: “mis

posibilidades”; es decir, lo que estaba dispuesto a gastarme en el capricho. Después de varios titubeos y nuevas protestas ofrecí una cifra sin saber si me estaba declarando como un auténtico imbécil dispuesto a derrochar su dinero o como un pobre diablo que se había equivocado de puerta.

El anticuario ni se inmutó, únicamente se limitó a tomar nota en una pequeña libreta y me pidió un número de contacto. Luego, mientras se giraba como una peonza sobre sus propios tacones, se despidió con un “Tendrá noticias nuestras”. ¡Ni siquiera se digno acompañarme hasta la salida.

Aquello era un mal presagio y no tuve que esperar mucho a comprobar lo acertado de mis augurios. Al día siguiente, la voz estridente de una secretaria se esforzaba en disculparse por un “lamentable error”: Al parecer, Mr. Christopher Porter, había negociado días antes la venta de la espada con otro cliente e “inexplicablemente” no había informado a Terence.

Más tarde descubriría no sólo que no existía ese cliente, sino que tampoco la espada estaba en poder de los anticuario. Se limitaban a propagar rumores sobre la posibilidad de adquirir alguna pieza muy codiciada en el mercado y luego se inventaban cualquier excusa sobre un retraso. Mientras tanto, le ofrecían al cliente la adquisición de otras piezas que sí poseían, propuesta a la que éste no podía negarse si no quería perder su supuesta posición de cliente “preferente” ante el anticuario.

En realidad, se trataba de un truco para captar clientes solventes que, por lo general, ellos no podían codiciar. En cuanto a mí, mis “posibilidades” debieron ser muy poco esperanzadoras.

Bastante decepcionado por la pérdida de tiempo y de la espada, no estaba dispuesto a marcharme sin obtener algún tipo de satisfacción de los anticuarios Porter, así que aprovechando que les unía una buena amistad con cierto sucesor del legendario lord Carnarvon, les pedí una carta de presentación. Lo cierto es que pusieron algunas excusas al principio, pero algunos comentarios míos sobre la posibilidad de publicar en la prensa inglesa sus peculiares métodos para captar clientes, terminaron por convencerlos.

Así me encontré camino de una de las regiones más carismáticamente inglesas, el condado de Berkshire, en el sur de Inglaterra, que aloja a dos de los hitos de la Corona: el Castillo de Windsor y el río Támesis. Mi intención era llegar aquella misma mañana a Newbury, donde se alzaba el portentoso Castillo Highclere, propiedad de la familia Carnarvon. Allí me aguardaba, gracias a la amabilidad de los Porter, el Octavo Conde de Carnarvon, junto a su bella esposa Fiona Aitkin.

La atractiva pareja me recibió con esa mezcla de fría amabilidad y cálido distanciamiento que caracteriza a la aristocracia británica cuando se ven en la obligación de aguantar a un entrometido plebeyo como yo. Al parecer, su relación con los Porter venía de largo y tenía que ver también con cierto tipo de transacciones.

Mi intención era sólo una, interrogar al joven heredero sobre los rumores que hablaban del descubrimiento, por parte de su abuelo, de un armario secreto en un corredor del castillo donde presuntamente se hallaban escondidas valiosísimas piezas pertenecientes a la tumba de

Tutankhamon y que, naturalmente, nunca habían sido registradas. Y si esto era verdad, le rogaba que me dejase fotografiar el histórico escondrijo.

Como era de esperar, negó la existencia del armario secreto y aún mucho más la participación de su bisabuelo, George Edward Stanhope, en cualquier tipo de desfalco de la tumba del famoso faraón niño, ni sobre ninguna otra.

Motivos para desconfiar del histórico mecenas de Howard Carter había muchos, y varios de ellos no vienen a cuento ni tienen cabida en estas páginas, por lo que posiblemente ocupen un volumen especial en esta colección, sobre las andanzas de tan honorable familia. Me limitaré, no obstante, a mencionar un detalle lo suficientemente evocador de la situación: Sólo por la venta de piezas de la tumba de Tutankhamon al Museo de El Cairo, lord Carnarvon sacó la nada despreciable cantidad de 296.305 dólares de los de 1922, aproximadamente, unos cinco millones de euros actuales; pero lo que no se contó, hasta mucho después, es que lord Carnarvon había sobornado a los peritos para que sobrevaloraran esas piezas ante un Ministerio de Cultura egipcio que aceptaba todas sus resoluciones sin compararlas con otro criterio. Aunque no fue el único que se sacó un buen pellizco del descubrimiento, el mismo Howard Carter llegó a cobrar hasta 40.000 dólares. Y estamos hablando de cifras oficiales. De todas formas, la supuesta desaparición de piezas y otras historias no demasiado claras que sucedieron con los tesoros de la tumba son, como dijimos, temas para otro libro.

Con la boca seca (no me ofrecieron ni un mísero té) y después de pagar religiosamente las 4 Libras que, sin cortarse un pelo, me reclamó la hierática parejita por pisar su jardín (“ es la tarifa establecida”, dijeron), me despedí de ellos, de Inglaterra y de...

Decidí regresar a Egipto, más concretamente a Luxor, con la intención de visitar de nuevo el Valle de los Reyes y, si era posible, echarle una ojeada a la KV5, la tumba más grande de todas las halladas en el Valle de los Reyes, que Ramsés II hizo construir para sus innumerables hijos. Sin embargo me topé de frente con un imperturbable Ahmed Mahmoud, capataz de las obras desde 1.989, a las órdenes de Kent Weeks. De nada sirvió mi mención a una supuesta amistad que me unía con Gabala Ali Gabala, secretario general del Consejo Superior de Antigüedades de Egipto; Mahmoud, –tan simpático y receptivo como el hombre más apreciado de Egipto, el señor Zahi Hawass, Director del Patrimonio de Gizeh–, me volvió la espalda sin contemplaciones. Nunca me lo han sabido explicar; pero empiezo a sospechar que lo que ellos llaman pasión y ensimismamiento por la arqueología, es en realidad, simple y llanamente, el comportamiento obsesivo de un hombre avaricioso hasta extremos casi patológicos.

Ya lo dice mi querido amigo el arqueólogo Ali Hassan: “Durante muchos años, la única diferencia que permitió distinguir a un saqueador de tumbas de un arqueólogo, es que los saqueadores hablaban en árabe”. Por la misma razón, después de esta ya larga temporada en Egipto, empiezo a distinguir con más facilidad entre un científico y

un hombre de negocios, con una bien diseñada campaña de marketing.

Pero superada la decepción, no pude hacer otra cosa que dedicarme a confirmar el último chismorreo de la temporada: La famosa momia descubierta en el oasis de Bahareya, sobre la que se encontraron más de cien piezas de oro; aquella mujer llamada Naas, esposa de Ged Jansu Idef, gobernador de Bahareya en los tiempos de Amasis II, hacia el siglo VI a.C., estaba empezando a levantar sospechas sobre su autenticidad. Y el Ministro egipcio de Cultura estaba que trinaba, después de haberle dado tanta relevancia al asunto; con discurso multitudinario y todo. ¡Si hasta se llegó a afirmar que en la zona podrían encontrarse hasta unas 10.000 momias! (Al menos esa era la perspectiva del negocio).

Y es que desde siempre las momias han dado para mucho; a veces, demasiado. En Egipto, el comercio de momias ha sido siempre muy floreciente. En el siglo pasado (me refiero al XX) no había sabio o turista adinerado que no se marchase del país del Nilo con una momia bajo el brazo. Costumbre que ya venía desde muy antiguo, cuando en la Europa de los siglos XVI y XVII se pusieron de moda los remedios milagrosos de Egipto: medicamentos compuestos a base de momias de faraones o simples subditos, eso sí, convenientemente pulverizadas.

El comercio había nacido en el siglo XII, controlado en su mayoría por judíos y popularizado por un médico árabe de nombre Al-Magar, que tenía la costumbre de recetar aquella sustancia a sus pacientes. Se decía que no había

remedio mejor para las heridas y magulladuras; pero fue tanta la popularidad y el consumo que el suministro se acabó.

En el año 1.564, un médico francés llamado Guy de la Fontaine, preocupado por aquella escasez, decidió trasladarse hasta la mismísima Alejandría para comprobar “in situ” hasta donde llegaba el problema. No tardó en comprobar que el principal exportador de momias de Alejandría utilizaba los cuerpos de ejecutados en las cárceles y gente desahuciada que moría en los hospitales, para fabricar sus momias. El método consistía en llenar los cuerpos con betún y, una vez atados de cualquier manera, se ponían a secar al sol, hasta que conseguían ese tono y textura característicos de una momia. Pero el negocio iba bastante más allá, y sólo la mención del tema hace temblar a muchos museos.

A propósito de este tema de las falsificaciones, recuerdo la primera conversación que mantuve con Alí Hassan al poco tiempo de mi llegada a El Cairo:

— Nunca se sabrá cuantas de las momias y piezas que ustedes contemplan en los museos son de verdad de la época de los faraones.

— Solamente es preciso un análisis concienzudo, para saber si son egipcias —objeté.

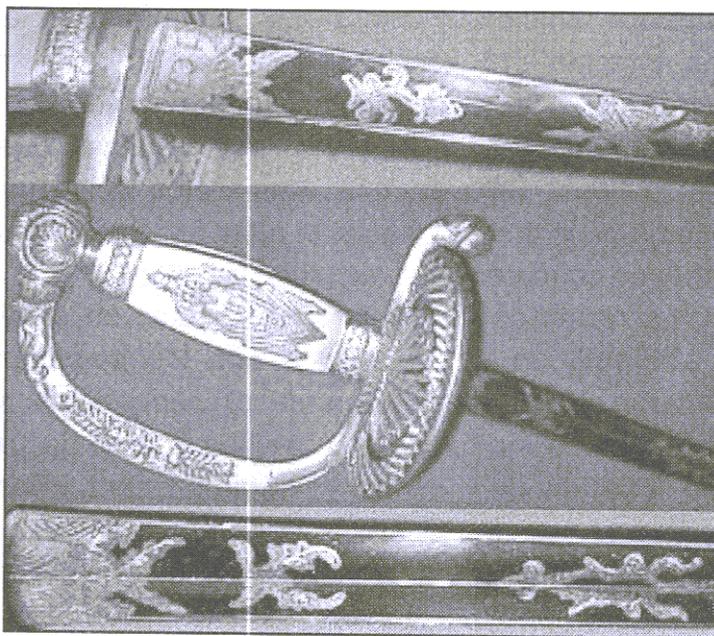
— Que son egipcias, no puedo negárselo —replicó el arqueólogo, con evidente ironía—, otra cosa es que sean tan antiguas. Pero estoy seguro que ningún museo permitirá que su prestigio se venga abajo, prestándose a un análisis de verificación. Acuérdense del fabuloso escándalo de la Fábrica de momias del doctor Alí Schükri Benam. En los años

cincuenta, este individuo robaba cadáveres de los cementerios y siguiendo las indicaciones de los manuales del Instituto Anatómico de la Universidad de El Cairo, los transformaba en momias del Antiguo Egipto. El escándalo se descubrió gracias a un accidente que tubo el camión que transportaba los cuerpos, se le rompió el eje delantero y, al volcar, perdió toda la carga; el bazar de Kan el Jalili se vio de pronto lleno de muertos desparramados por todas partes. Sin embargo, pese a las declaraciones del falsificador que hablaban de cientos de momias, sólo unas pocas fueron localizadas. ¿No le parece sospechoso?

Extraño país, Egipto. Por un lado cuna de civilizaciones y por otro gran aparato circense donde nadie podría asegurarte hasta donde llega el truco y hasta donde la prestidigitación. País de contrastes, que pasó a la historia gracias a la obsesión de sus antepasados por la eternidad, y luego tuvo que contemplar como sus hijos quemaban sarcófagos a falta de leña para las hogueras, o vendían momias a Estados Unidos para usar las vendas como fibra para la elaboración del papel de embalaje y el cuerpo como materia base de la pintura al óleo “Mummy Brown” (marrón momia).

Necesitaba alejarme unos días de aquella sensación de irrealidad. Estaba perdiendo el norte y empezaba a mantener conversaciones, cada vez más largas, con la momia de Ramsés II, apoyado sobre su vitrina en el Museo Egipcio de El Cairo. Él también se encuentra asfixiado, aunque pocos reparan en el sutil “corte de mangas” que esbozan sus escuálidos brazos.

¿Y quién no lo estaría después de haber pasado por todo lo que ha tenido que soportar este hombre? Hasta que en 1.977 limpiaron su momia en París, a base de rayos gamma, había tenido que convivir con 370 colonias de 89 especies de hongos diferentes, que dejaban en minucia la avanzada arteriosclerosis que le aquejaba antes de morir. Cuestiones de la pésima organización y conservación que había en el Museo de El Cairo hace años. Ahora parece un poco más tranquilo, en su burbuja de hidrógeno puro. Por lo menos sabemos que, a pesar de la henna descubierta en su cabello, era pelirrojo natural.



*Espada del Instituto Egipcio.*

## La maldición continúa

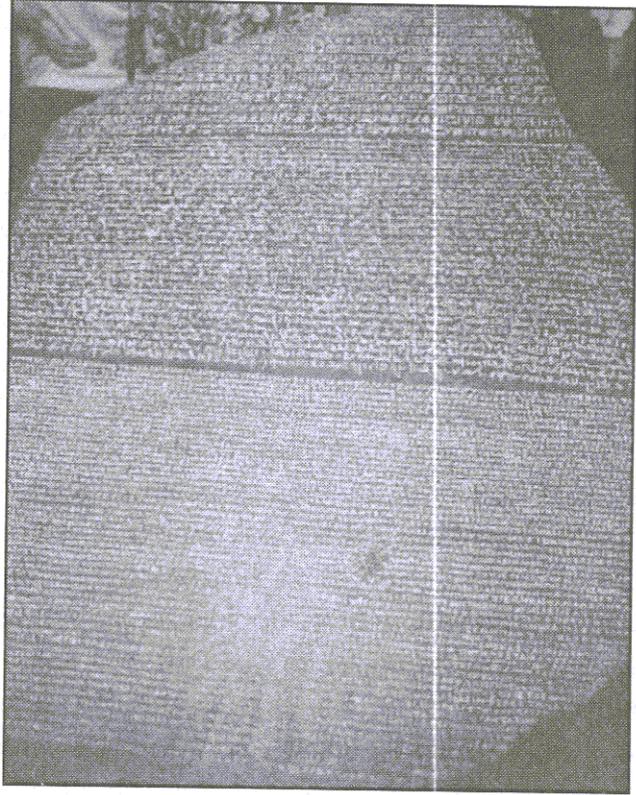
Si creen que los sucesos extraños relacionados con los tesoros egipcios ya han terminado, tal vez estén equivocados. En el año 2002, dos escolares, un niño y una niña, se desvanecieron tras entrar en el Museo Egipcio de Turín. Podría parecer un hecho aislado, si no fuera porque con ellos son ya 13 las personas que se han desmayado al penetrar en el museo desde el pasado mes de marzo. Todas eran niñas que acudían de visita escolar, salvo un niño y un maestro que también se desvanecieron al entrar en la sala de las momias. No hace mucho fueron tres los niños afectados. Al poco tiempo de permanecer en la sala, empezaron a sufrir náuseas y vómitos por causas que aún se desconocen. Sólo en una ocasión los desmayos se produjeron en la primera planta, el resto tuvieron lugar en el subterráneo donde exhiben las momias.

“La maldición de los faraones”, como se bautizó a este síndrome en Italia, provocó que los pequeños se despertaran en el hospital tras perder el conocimiento. Nadie se explica aún cómo ocurre en el Museo Egipcio de Turín e incluso la fiscalía de la ciudad ya se ha puesto a investigar los hechos.

El fiscal Raffelle Guarinirillo abrió una investigación sobre cuales podían ser las causas racionales que provocaban los desmayos en los pequeños. Precisamente se encontraba en el museo tratando de encontrar pistas

sobre los sucesos cuando se desvanecieron los dos niños .En ese mismo momento, se puso a investigar el aire de la sala intentando encontrar una explicación que no aparece ni con los análisis ambientales ni con lo de las víctimas.

El primer caso ocurrido en marzo, fue tratado como una intoxicación y, aunque en principio se consideraba relacionada con los productos de conservación de las momias, la investigación judicial acabó achacándolos a los detergentes utilizados en la limpieza de las salas del museo y la falta de ventilación. Los análisis de sangre efectuados a la siguiente víctima revelaron una alta concentración de monóxido de carbono en su sangre, lo cual reafirmó la hipótesis de la mala ventilación. Pero los estudios de las estancias en las que se exhiben las momias demostraron que los componentes del aire de la sala –la concentración de polvo y ozono– no solamente no podían perjudicar a los visitantes sino que eran dañinos para las propias momias. De momento, los responsables del museo no saben cómo responder ante los inexplicables desmayos que sufren los jóvenes y lo achacan a que, debido al gran número de visitantes escolares–la mitad de 400.000 que tiene al año– es normal que alguien se sienta mal. Anna M. Dondoni, la directora, manifestó su malestar: *“Aquí se está alimentando una leyenda urbana que sólo crea autosugestión”*, afirmó. Pero, pese a los intentos de los gerentes, la leyenda ya estaba en marcha.



*Piedra Rosetta.*

## Algo se mueve entre las tumbas

Desde la más remota antigüedad son numerosos los historiadores que han referido la presencia de entes custodios, de formas cuya luminiscencia irradiaba en la oscuridad de la noche y de objetos cuya transparencia dejaba ver tras ellos las pirámides de las que procedían. Podemos encontrar narraciones de este tipo en la biblioteca del Museo de El Cairo, sobre todo en los volúmenes de las llamadas “Leyendas árabes”, recogidas en los siglos VIII al XV, procedentes de informaciones transmitidas oralmente, generación tras generación, y que se remontan al propio nacimiento de la civilización faraónica. Rodeadas de ese halo mágico que caracteriza la literatura oriental, entre líneas ofrecen datos reveladores. Son las lagunas cuya sola presencia aterra, porque su estudio nos lleva a plantear otras bases distintas a las que, hoy por hoy, sustentan la historia.

El 8 de enero de 1897, el Instituto Egipcio recibió una carta firmada por William Groff, que había sido redactada en los siguientes términos: *“Hace unas semanas, tuve la ocasión de pasar la noche en el desierto de Giza con nuestro vicepresidente, el doctor Abate Bajá. Por la tarde observamos una luz que parecía girar lentamente alrededor de la tercera pirámide, más o menos a la mitad de su altura; era como una pequeña llama que daba la impresión de rodear tres veces la pirámide, después de lo cual*

*desapareció. Vigilé atentamente esta pirámide durante buena parte de la noche. Hacia las once, volví a ver otra luz; esta vez era de color azul pálido; ascendió lentamente, casi en línea recta, y al llegar a cierta altura sobre la cúspide de la pirámide, desapareció, extinguiéndose. He pasado muchas noches en el desierto cerca de las pirámides de Giza, y he visto alrededor de ellas luces, aunque al principio no me planteé cuál era su origen. Luego fui prestando mayor atención al asunto e hice algunas averiguaciones; la primera de ellas, que estas luces no se ven con mucha frecuencia. Sospecho que son debidas a emanaciones procedentes del interior de la pirámide. Este aire es más cálido que la atmósfera del desierto provocando corrientes térmicas que arrastran consigo esas emanaciones, que son - o se vuelven- luminosas".*

La tesis de Groff y del Abate Bajá distan mucho de explicar el fenómeno, ya que, en primer lugar, las pirámides son herméticas y no permiten corrientes de aire, como cualquiera puede comprobar, motivo por el cual se han tenido que realizar trabajos que permitan renovar el aire en su interior. Por otra parte, nos enfrentamos al problema de interpretar por qué estas luces suben, bajan o dan varias vueltas a las pirámides. La parte positiva es que su exposición nada tiene que ver con una posible sugestión producida por el lugar y los monumentos que produciría la visión subjetiva de cierto tipo de espectros, lo que da veracidad a la narración.

La aparición de estas luces es un hecho constatado pudiendo incluso fotografiarse. Los documentos gráficos no ofrecen dudas. Egipto y, en especial, las pirámides de Giza

guardan el secreto de luces que surcan la noche o que aparecen en cualquier sala de los templos para asombro de quien las contempla. Como Groff, se puede jugar con hipótesis que justifiquen su presencia. El problema es que estos fenómenos lumínicos en muchas ocasiones parecen tener vida propia, con comportamientos inteligentes y acompañando a otros tipos de manifestaciones de más compleja explicación.

Otros investigadores han comprobado varias veces la presencia de una pequeña esfera luminosa de color rojizo en el templo de Ramsés II de Abu Simbel. Dicha bola aparecía súbitamente, siempre en ocasiones precisas. Es en este templo donde se produce anualmente el llamado "Milagro del Sol". Todos los días 21 de octubre, el del nacimiento de Ra, y únicamente en esta fecha, el sol del amanecer incide exactamente en la puerta del templo para llegar con su luz al Sancta Sanctorum, una capilla que alberga al faraón divinizado, a los dioses Osiris, Horus y Ptah. La luz se va desplazando en un espectáculo extraordinario e ilumina a los tres primeros, pero nunca al dios Ptah. Pues éste es el dios de la oscuridad, el dios de los antepasados del antiguo Aha Men ptah, el Amenti.

Cercanas a esta capilla, a derecha e izquierda, hay otras dos de reducidas dimensiones. En su interior no hay nada, ni relieves ni jeroglíficos, lo que en principio resulta raro, pues todo el templo se halla perfectamente decorado y esculpido. Un examen más detallado indica todo lo contrario. Al relajar la vista en un momento determinado y no mirar a un punto concreto, permite ver algo que en condiciones

normales no habría sido perceptible. Es algo parecido a los ejercicios de vista propuestos en libros como "El ojo mágico"; es decir, la mirada se desenfoca hasta conseguir visualizar en un dibujo abstracto de dos dimensiones otras figuras que aparecen en tres dimensiones. En las cámaras anexas a la principal del templo aparecen de esta forma figuras y dibujos insospechados hasta entonces. En la capilla de la derecha puede distinguirse claramente una gran calavera que domina todo el conjunto. Por otro lado se ven líneas que simulan un mar embravecido sobre el que se hunde un gran barco cuyos tripulantes saltan. En la capilla de la izquierda se pueden distinguir unos dibujos concéntricos que se hunden hacia el infinito.

